ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA.

EL HIJO DEL RASTRO

MELODRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ROQUE F. YZAGUIRRE.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.

1886.

AUMENTO Á LA ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
2	2	A caza de 50 duros.............	1	D. Adolfo Gil Porro.........	Todo.
3	3	Afortunado en el juego-j. o. p...	1	Sres. Rubio y Rivero........	»
4	2	A la luna de Valencia..........	1	M. Martínez Barrio nuevo.	»
4	3	Á tiempo vino mi herencia.......	1	Antonio Clavero...........	»
2	2	A vivir—j. o. p................	1	Ramon de Marsal.........	»
5	1	Bou-Amema..................	1	José Fambuena...........	»
»	»	Conflicto matrimonial..........	1	Julian García Parra.......	»
»	1	¿Cual de los dos?..............	1	Francisco Soriano.........	»
»	2	Diente por diente--j. o. v........	1	Fiacro Iráyzoz............	»
4	2	El rellogat....................	1	Francisco Soriano........	»
5	1	El Marsellet..................	1	Estanislao Mañez........	»
5	2	El habit no fá el flaré...........	1	Estanislao Mañez.........	»
»	»	El ramilete..................	1	Augusto E. de Mádan.....	»
»	»	El sereno equis...............	1	Augusto E. de Mádan.....	»
3	1	El tercer partido..............	1	Santiago Gascón..........	»
»	1	El tren del matrimonio.........	1	Salvador M.ª Cranés......	»
3	2	¡El Coco!....................	1	Francisco Flores García..	»
»	»	Entrés por un punio...........	1	Eusebio Sierra...........	»
»	»	Felicidades..................	1	Juan Pérez Zúñiga........	»
4	2	Fer lescartes.................	1	José Fambuena..........	»
1	3	Golondrina..................	1	Miguel Ramos Carrión....	»
»	»	Hoy se casa mi sobrina.........	1	Antonio Clavero.........	»
6	1	Ingeniosa caridad.............	1	Manuel Diaz de Arcaya...	»
6	3	Jugar al Moscardon...........	1	Julio de las Cuevas.......	»
4	2	La Botigueta.................	1	José Fambuena..........	»
3	3	La familia del miñó...........	1	Francisco Soriano........	»
2	2	La señá Condesa..............	1	Sinesio Delgado..........	»
1	3	La Golondrina................	1	Miguel Ramos Carrión....	»
4	2	La vareta d'els desichos........	1	Ricardo Escorihuela......	»
4	2	Las consecuencias............	1	Juan Alemany...........	»
4	3	Levantar la caza..............	1	Pedro de Gorriz..........	»
3	2	Lo que no ve la opulencia.......	1	F. Postigo y Acejo........	»
5	2	Lo más dels Estornells..........	1	Pablo Montellá..........	»
3	2	Los corridos..................	1	Ramón de Marsal........	»
4	5	Los tocayos..................	1	Vital Aza..............	»
2	5	Lucha de hermanos............	1	Enrique Alvarez.........	»
1	»	Llorens (monologo)............	1	Francisco Soriano........	»
»	»	Matrimonios á duro............	1	Augusto E. de Mádan.....	»
4	6	Mixto de inglés y canario........	1	Francisco Flores García...	»
»	1	Noche-buena (monologo).........	1	Francisco Soriano........	
8	6	Pepa la frescachona, ó el colegial desenvuelto................	1	Ricardo de la Vega.......	»
»	»	Pélaez......................	1	Monasterio y Caldeiro.....	»
3	2	Ploramiquis..................	1	Francieco Soriano........	»
4	1	Por una errata................	1	Enriqua Alvarez.........	»
»	»	Recuerdos de un baile..........	1	Augusto E. de Mádan.....	»
»	1	Selets......................	1	Francísco Soriano........	»
»	»	Sin comer....................	1	F. Brlto................	»
»	»	Snsana......................	1	Enrique Prieto..........	»
11	5	Ultramarinos.................	1	Tomás Luceño...........	»
1	5	Un décimo de la lotería.........	1	Enrique Alvárez........	»
5	1	Un franses de Rusafa...........	1	Francisco Bellido.........	»
4	1	Un frrnses en almasera.........	1	José Fambuena..........	
2	2	Una casa de locos.............	1	Adolfo Gil Porro.........	»
3	2	En fin... me parece bieu.........	2	Francisco Bellido........	»
4	4	L' Hermanico................	2	José Fambuena..........	»
3	4	La señora de Matute...........	2	Pedro de Gorriz..........	Mitad.

A la Srā Dª Manuela Morales su afmo y agradecido amigo

Y. Iraguirre

EL HIJO DEL RASTRO.

EL HIJO DEL RASTRO

MELODRAMA

EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ROQUE F. YZAGUIRRE.

Estrenado en el Teatro de NOVEDADES, de Madrid, el dia 11 de Diciembre de 1886.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1886.

PERSONAJES.		ACTORES.
—		—
LA MARQUESA DE MANZANARES....................	DOÑA	CONCEPCIÓN MARÍN.
PEPILLA LA CIGARRERA....		EMILIA TORRECILLA.
ÁNGELES, modista...........		CANDELARIA CARRIÓN.
VENDEDORA 1.ª.............		JULIA PANFIL.
IDEM 2.ª		MANUELA MORAL.
DON CÓSME, escribano y prestamista....................	D.	FEDERICO CARRASCOSA
DANIEL, revendedor de billetes.		JOSÉ PORTES.
MENDOZA, primer galán de Novedades................. ..		JUAN CASAÑER.
CÁRLOS, capitán de húsares...		RAFAEL BARCELÓ.
ANDRÉS, (a) EL HIJO DEL RASTRO...................		MANUEL DIAZ.
JUAN, lacayo y portero de la Marquesa....................		HILARIO FERNÁNDEZ.
UN CIEGO....................		EDUARDO FRAILE.
UN JUEZ.....................		LUIS MAZOLI.
UN NIÑO.....................		MANUEL DIAZ (hijo).

Agentes de la ronda, vendedoras, vendedores, escribientes, pueblo, soldados, murguistas, etc., etc.

Época actual.

TÍTULO DE LOS ACTOS.

1.°—**UNA HIJA QUE RESUCITA.**

2.°—**LA RATONERA DEL JUDIO.**

3.°—**¡ANTES LOS HIJOS QUE LA HONRA!**

4.°—**LA MUERTE DEL ALACRAN.**

A LA SEÑORA

D.ª AQUILINA DE YZAGUIRRE Y DE ARANA.

Su hijo

Roque.

300 B/pr.

David [illegible]

"EL LOCO DIOS"

ACTO PRIMERO.

Á la izquierda del actor aparece la fachada del teatro de Novedades, vista desde el ángulo que forma la boca-calle inmediata. Á la derecha el ángulo de la plaza de la Cebada. En provincias puede sustituirse esta deooración por otra que represente un morcado. En el fondo una tienda que dice *Vinos y licores.* Puestos ambulantes á la derecha. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, VENDEDORAS, PUEBLO, SOLDADOS, etc., etc.

ANDRES. ¡Cascabeles! ¡y qué frío que hace! Me parece que hoy la ganancia no va á dar ni para una sardina en salmuera. ¡Sopla! ¿Eh? ¡María! ¿Á cómo das estas peras? (Cogiendo una y mordiéndola.) ¡Á cómo, cómo, cómo!

VEND. 1.ª ¿Para qué preguntas á cómo, si ya te la estás tragando?

ANDRES. ¡Á callar! Yo hago lo que hacen las grandes señoronas. ¡Esas que se traen un lacayo con una cesta muy grande... y vacía! Tengo un gusto muy delicado, hija, y necesito saber lo que ha de servirse á mi me-

sa... (Con tono enfático y de burla.) ¡Hoy cuento con muchos convidados!

VEND. 1.ª Oiga usía. ¿Y habrá muchos *feisanes*?

ANDRES. ¡Puede! ¡Hombre, ni que fuera uno un *méndigo*! ¡Vamos á ver, Colasa! ¿Es de Miraflores de la Sierra? (Cogiendo con una cuchara un trozo que se snpone ser requesón y comiéndolo.)

VEND. 2.ª ¡No; que es de mírame y no me toques! Pero, chico, ¿qué te has desfigurado tú, que este puesto es el Pardo?

ANDRES. (Tosiendo.) Ves, ya me he constipado, Ese requesón parece un sorbete. ¡Oyes! ¡bien podías servirlo calentito!

VEND. 2.ª *¿Pa qué*? ¡Si con la carpanta que tienes se te había de *endigestar*.!

ANDRES. (Levantando mucho los piés al andar.) ¡Mira, Colasa! Remíteme seis arrobas del mejor que tengas á mi *domecilío*. Ya te abonará los parneses mi maestre-sala!

VEND. 1.ª Escucha, *arrastrao*. ¿Por qué no buscas una güena moza que te mantenga?

ANDRES. ¡Pues si yo quisiera! ¡Mira, tú! Y que el chico no tiene proporciones...

VEND. 2.ª ¡Presume, hijo, presume!

ANDRES. ¡Pues, sí señor; que puedo! Á mí no me gustan las que son de poco más ó ménos. Á mí solo me *imprisionan* las recatadas. ¡Las mujeres de estos barrios son... ya sabes tú lo que son!

VEND. 2.ª ¡Calentitas! ¡Calentitas! ¡Á perra chica!

ESCENA II.

MENDOZA y DANIEL.

MEND. ¿Conque dices tú que don Cosme podrá facilitarme esa suma?

DANIEL. Es el prestamista más rico de la calle de Toledo. Como usted sepa *camelarlo*...

Mend. ¿Y qué hace falta para ello?

Daniel. En primer lugar, que usted le ofrezca garantías; porque hablando en plata: don Cósme no suelta la *guita* á humo de pajas. Si usted le dice que trabaja ahí, en ese teatro, y además el contador de la Empresa se compromete á descontarle á usted los *monises*...

Mend. Precisamente eso es lo que yo deseo evitar. No quiero que nadie se entere en la compañía. De suerte que sin ese requisito...

Daniel. ¡Sin ese y otros requisitos, malo lo veo!

Mend. Necesito para mañana á todo trance, tres mil reales...

Daniel. No vaya usted á creer que soy interesado... Claro está que si usted me da los billetes que necesito en las entradas seguras, yo debo probarle que soy agradecido. Usted ayuda á este padre de famllia, que tiene orgullo en conocer su oficio como pocos! ¡Hombre! se permite la reventa de todo, hasta del pan; ¡y los billetes que es una cosa *supérfula*, nada! ¡Yo no se mentir! Cuando tomo ley á una persona...

Mend. Pues, Daniel, discurre... Discurre; porque la urgencia se impone.

Daniel. (Se queda pensativo.) ¡Eso es! ¡Nos hemos salvado!

Mend. Habla, habla pronto.

Daniel. Don Cósme, el implacable usurero, que es un hipócrita como una loma, y que tiene unas extravagancias...

Mend. Al grano. Prosigue.

Daniel. Don Cósme dispensa gran confianza á mi compadre Andrés, y si no fuera un hombre sin corazón el prestamista, casi me atrevería á decir que hasta tiene un poco de cariño al Hijo del Rastro.

Mend. ¿Y quién es ese?

Daniel. Un buen muchacho, después de todo, Honrado á carta cabal, de gran (Dándose un golpe en el pecho.) corazón... pero, más perdido que un panecillo entre estudiantes!

Mend. ¿Y dices que se llama?...

DANIEL. Andrés, el HIJO DEL RASTRO, por mal nombre; es un decir, porque así le llama todo el mundo.

MEND. ¿Es huérfano?

DANIEL. ¡No, señor! ¡Si no tiene padres, cómo ha de ser huérfano! Quiero decir, que desde muy pequeño anda más libre que un gato entre tejas por todo este barrio· Nadie conoce su orígen... Un día apareció en mitad de las Américas, medio desnudo, llorando y sin poder cerrar la boca de pura hambre, Una de estas vendedoras le dió un pedazo de pan... y otro de queso... ¡No se los comió!

MEND. ¿Pues no decías que estaba hambriento?

DANIEL. Es que se los tragó sin mascar. El chicuelo dicen que era muy galan y muy gracioso. Las mujeres de este barrio, gente de alma, pero muy finas de *concencia*, tomaron la manutención de la criaturilla por su cuenta. Un día se acurrucaba en el puesto de una y dormía enseñando con su sonrisilla unos dientes menudos y blancos, como un perro; otro almorzaba con la de más allá. ¡Nada! Que hacía la vida de los *préncipes*. En aquella época le bautizaron con el apodo de EL HIJO DEL RASTRO, y es en todos los Madriles más conocido que Barceló por la mar. Desde que es hombre se las maneja como puede. Unas veces vende quincalla; otras, anda ayudando á decir misa; muchas hace volatines en el Circo. ¡Pero es un gandúl, mire usted, un vago; y aun cuando anda siempre más listo que el palillo de un barquillero, á lo mejor se acuerda de su vida de regalo y vuelve á los tronchos como el pájaro á su nido!

MEND. ¿De modo que es un pájaro de cuenta?

DANIEL. De cuenta, no señor, porque nunca tiene nada que contar... Como no sean las historias del barrio, que las sabe de corrido y mejor que la *dostrina*, que nadie le ha enseñado...

MEND. Vaya, pues no será mal acólito. ¿Y crees tú que este tunante podrá servirnos en esta ocasión?

DANIEL. Lo espero. Como se proponga convencer á don Cósme... Pero mire usted, por aquí debe andar.

MEND. Entre buena gente nos hemos metido. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA III.

UNOS CIEGOS y una MUCHACHA, que recoge la limosna. Salen tocando las guitarras. El pueblo les rodea. Cesa la música.

CIEGO.
Á perro chico el romance
de una terrible desgracia
que aconteció á una doncella
natural de Villafranca,
que se escapó de la corte
de un sargento enamorada.
Trae escrito las desdichas
que padeció esta muchacha
con todos sus pormenores
y todas sus circunstancias.
¡De cómo vino á Madrid,
de cómo entró de criada,
de cómo mimóla el amo,
de cómo escamóse el ama!

(Tocan de nuevo las guitarras. Algunas personas de las que se hallarán en el corro compran el romance.)

CIEGO.
¿Quién me compra otro romance?
Aquí se pintan las ánsias
y el trágico fin que espera
á las doncellas incautas,
por usar el *polisón*
y ponerse doble falda.
De cómo empiezan las sisas,
de cómo siguen las maulas,
de cómo todo lo enredan,
de cómo al tendero engañan.
Y luego vienen los moños,
y después llegan las trampas,

y concluyen á la postre
poniendo tales criadas,
al ama cara de perro,
y al amo cara de Páscua.
¡Otro papelito nuevo!
(Vánse tocando las guitarras.)

ESCENA IV.

PEPILLA y D. CÓSME.

PEPILLA. ¿Pero, no he de poder darle un esquinazo á este viejo moscón que me viene siguiendo?

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*!

PEPILLA. ¡El demonio del viejo! (Entra por el segundo bastidor, y vuelve á salir por el primero de la derecha.)

VEND. 2.ª ¡Calentintas! ¡Calentitas! ¡Cuántas!

COSME. ¡*Hem*! ¿No podría oirme usted cuatro palabras?

PEPILLA. ¡Ea! ¡Ya me he cansado yo! ¿Por qué me sigue usted hace media hora? ¿Qué se le ofrece á usted, buen hombre?

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! Necesito que hablemos un momento...

PEPILLA. Yo no le conozco á usted para nada.

COSME. ¡Calma! Yo si la conozco á usted... ¡*Hem*! ¿No se llama usted, Pepilla? ¿Pepilla la cigarrera?

PEPILLA. Bueno; ¿y qué?

COSME. Tenemos que hablar... Se trata de un asuntillo... de cierto misterio que usted debe conocer... ¡De Ángeles! (Bajando la voz.)

PEPILLA. ¿De Ángeles? (¡Vamos, ya me ha dado un vuelco el corazón!) (Ap.) ¿Qué tiene usted que ver con esa niña?

COSME. ¡Jí! ¡jí! (Con misterio y tono sarcástico.) ¡Ángeles, no es hija de usted!

PEPILLA. (Con sobresalto.) ¿Que no es mi hija?

COSME. ¡Jí! ¡jí! No; no es hija de usted. ¡Yo sé una historia muy interesante! ¡Oh! Se trata de un delito prescrito por el Código... ¡*Hem*! Artículo...

PEPILLA. ¡Dios mío! (Con temor.) ¿Quién es usted? ¿Qué preten-

de usted de mí?

COSME. ¡Jí! ¡jí! Conque ya confiesa... con qué, en efecto, Ángeles... la linda modista...

PEPILLA. ¡Ah, no! Yo no confieso nada. ¡Ángeles es hija mía!

COSME. ¿Y dónde se halla su partida de bautismo? ¡Veamos!

PEPILLA. (Reponiéndose de su temor.) ¿Y qué derecho tiene usted para interrogarme? ¿Qué obligación tengo yo de darle explicaciones, á usted, á un desconocido?...

COSME. ¡Oiga! (Con burla.) Pues no había yo caído en eso... ¡Jí! ¡jí! Es claro... Á mí, no; á mí, no; al juez, únicamente al juez tendrá usted que responderle cuando le diga: (Haciendo la voz dura.) «Josefa Durán: hace algunos años que escribió usted una carta á Dolores Calderon, participándole que una niña confiada á usted para su lactancia, había fallecido en un pueblo de la provincia de Toledo, en donde por aquella época residía usted...

PEPILLA. ¡Ah! ¡Por todos los Santos! Baje usted la voz...

COSME. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Hablemos, pues, más bajo. Á los pocos días recibió usted unos cuatro mil reales en recompensa de aquella superchería, con el encargo de que depositára en el torno de la Inclusa la niña confiada á su custodia...

PEPILLA. ¡Ah, por Dios! Usted puede perderme, usted lo sabe todo... ¡Por compasión! ¿Qué pretende usted de mí?

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! Ya veo que podemos entendernos. Eso ya es otra cosa...

PEPILLA. ¡Concluya usted!

COSME. (Cambiando de tono.) Después de todo, hay una circunstancia atenuante... muy atenuante en su conducta. Usted pudo perfectamente llevar á la Inclusa, como le decían, á la pequeñuela; pudo hacerla desaparecer!... Y, sin embargo, usted se quedó con la niña, y la crió, y la crió con esmero...

PEPILLA. Y esa niña me pertenece. Yo la he criado ¡es verdad! á costa de muchos sacrificios; trabajando para ella, como pudiera haberlo hecho su propia madre día y noche...

COSME. ¡Cierto! ¡Muy cierto! ¡Psch! Es verdad que usted debió averiguar el nombre de la madre de aquella niña... pero ¡qué diablos! unos miles de reales, bien valían la pena de escribir aquello del fallecimiento... ¡Bah! ¡Ahora no se trata de eso!

PEPILLA. ¿Pero, Dios mío? ¿de qué se trata?

COSME. ¡Calma! ¡Calma! ¡Calma! Ha llegado la ocasión de que sean recompensados el esmero y los sacrificios de usted.

PEPILLA. ¡Acabe!

COSME. ¡Vamos! Un poco de atención. Ángeles, la inocente Ángeles es hija de una señora rica, (*Con misterio y codicia.*) muy rica... ¡millonaria!... hija, nada menos, que de una marquesa. ¡*Hem*! ¡*Hem*! Esta ilustre dama, unida á un hombre que á los pocos años de su matrimonio fué acometido de una fuerte paralisis, se enamoró como una insensata de cierto famoso cómico... Fruto de estos amores, fué el nacimiento de la hermosa Ángeles! Por aquella época, la Marquesa había depositato toda su confianza en cierta doncella, llamada Dolores Calderón. El amante de la Marquesa, el gallardo actor, había logrado inspirar una pasión volcánica á la doncella Dolores... ¡Debilidades del sexo! ¡La envidia, que es una pasión dominante en la mujer, y la curiosidad, que es el sentimiento nativo del sexo, despiertan en la amiga ó en la confidenta el deseo de la traición¡ ¡Jí! ¡jí! La niña, como ya he dicho, fué entrégada á Dolores para que la diera á criar con absoluta reserva y en donde el secreto de aquel adulterio quedara oculto!

PEPILLA. ¡Ah! Lo qué usted me dice no era posible que yo hubiera podido descubrir... Dolores, cuando fué al pueblo á llevarme la niña, me dijo que era suya; me añadió que estando para casarse con un hombre que ignoraba su deshonra, no podía tener á su lado á la infeliz criatura. Yo miré á la pobre niña sin amparo en la tierra... abandonada por una madre sin corazón,

y me compadecí... y ya sabe usted lo demás.

COSME. Esa niña, puede ser la felicidad de usted.

PEPILLA. ¡Ah! ¡Pero es que yo, por nada ni por nadie, me separaré de Ángeles! ¡Oh! ¡Es mi felicídad! ¡Su cariño lo es para mí todo, y no consentiré que la separen de mi lado!...

COSME. ¿Eh? ¿Y quién pretende lo contrario? La Marquesa, hoy que se encuentra viuda, hoy que ya nada puede temer, no vacilará ni un momento en darnos cuanto sea preciso, con tal de estrechar en sus brazos á su hija, á la única hija que ella ha tenido, que considera muerta!...

PEPILLA. ¡No, no! Renuncio á todo, renuncio á ese dinero que usted me viene á ofrecer!... ¡Eso que usted me cuenta, es una impostura!... ¡La madre de Ángeles, oígalo usted bien, la madre de Ángeles soy yo!... (Con energía y entre sollozos.)

COSME. (Ap.) (¡Oh! ¡qué bestias son estas gentes del pueblo. Parece que nacen destinadas á vivir en la miseria; pero porque esta quiera renunciar á un buen negocio, yo no renuncio! ¡*Hem*! ¡*Hem*! (Los billetes de Banco de la Marquesa, han de ir á parar á mi cueva!) ¡Nada, nada! Daremos parte al juez... daremos conocimiento á la justicia! No faltarán pruebas aun cuando Pepilla la cigarrera, que siente tal horror hácia el vil metal, se niegue á darlas. ¡Oh, y será una causa ruidosa! Mientras que, si por el contrario, la persona que ha logrado educar en la virtud á esa niña, consigue revestir el asunto con ciertas apariencias, y declara que nada sabía acerca del nacimiento de Ángeles...)

PEPILLA. ¡Pues bien; prométame usted que mi hija jamás se separará de mi lado!

COSME. Debemos creerlo así... La Marquesa se mostrará realmente agradecida... ¡Ea! ¡Ánimo! Mi casa está á dos pasos de aquí. Venga usted, venga usted y arreglaremos el asunto... ¡Es un negocio! ¡Es un soberbio negocio! La fortuna es un sol que no calienta por la es-

palda... ¡Jí! ¡jí! Venga usted, venga usted...

PEPILLA. ¡Oh!... ¡Vamos!... (Vanse.)

ESCENA V.

ÁNGELES y el CAPITÁN.

ANG. (Que sale con el tambor de cartón que usan las modistas y se queda mirando el cartel del teatro.) ¡Teatro de Novedades... para hoy!... ¡*El hombre de las figuras de cera*!... ¡Cómo me gustaría ver esta función!... ¡Oh! Yo le diré á mi madre que deseo venir... y de seguro que el próximo domingo... ¡Ah, sí! ¡nos acompañará Cárlos!... ¡Qué alegría! No sé por qué, cuando vamos solas, no me parecen tan bonitas las comedias...

CARLOS. ¡Ah, qué feliz casualidad! ¡Ángeles!

ANG. ¡Cárlos!

CARLOS. Confieso que no esperaba verte hoy... ¡Son tan contadas las ocasiones!...

ANG. Ya sabes que mi madre no quiere que hablemos en la calle. Si ahora nos sorprendiera, pensaría que nos habíamos citado aquí.

CARLOS. Tu madre es muy buena; conoce nuestro cariño y no se opone á nuestros proyectos. Sabe además que procuramos complacerla siempre, y tiene ciega confianza en tí.

ANG. ¡Es verdad! Pero... ¡si vieras! Hace algunos días que la encuentro siempre triste... Asegura que eres un hombre honrado; que tu cariño hácia mí es grande; y sin embargo, ayer me decía que nuestra unión era imposible...

CARLOS. ¿Imposible?

ANG. Sí. Mi madre piensa que tu madrina, la señora Marquesa, no consentirá nunca en nuestro casamiento.

CARLOS. ¿Y en qué se funda para abrigar esos temores? La Marquesa tiene un excelente corazón, me quiere como si fuera su hijo y no se opondrá á nuestra dicha. Es cierto que hasta ahora no concede á nuestros amores

gran importancia; los juzga como simple pasatiempo; pero cuando conozca nuestra resolución, cuando yo la diga que de tí depende mi felicidad; cuando te vea, mi hermosa Ángeles, estoy seguro que protegerá nuestros proyectos.]

ANG. Pues, bien, Cárlos. Influyen en mi corazón de tal manera los augurios de mi madre, que á veces me atormenta algo así como un presentimiento triste... ¡Ya ves! Yo, una pobre hija del pueblo, una obrera que necesita acudir al taller para ayudar á su madre, y tú, un joven de la alta sociedad, con una carrera y un porvenir, y rodeado de comodidades y consideraciones.

CARLOS. Á la mujer le basta con la educación y la virtud para poder aspirar á la mano de un hombre por muy elevado que se encuentre.

ANG. ¡Oh, Cárlos! Siempre sabes con tus palabras desvanecer mis temores. ¡Qué felíz seré á tu lado!...

CARLOS. ¡Y qué pronto lo seremos los dos! Te prometo que en breve disiparé esas dudas de tu buena madre.

ANG. ¡Gracias, Cárlos mío, y no olvides que mi único pensamiento en la tierra, es verte dichoso. Y ahora, ¿hasta cuándo?

CARLOS. Hasta mañana, que iré á visitaros por la noche. (Vanse. Ángeles por el bastidor más próximo: Cárlos atravesando la escena.)

ESCENA VI.

ANDRÉS y un NIÑO.

ANDRES. ¡Anda! ¡Anda! ¡El señerito Cárlos y cómo se las busca! ¡Cascabeles! Y que todas estas chicuelas, así, delicaditas, con esos andares, se (Imitando el paso menudo y rápido de las modistas.) han de chalar por la gente de tropa! ¡Qué falta de instinto, señor, qué falta de instinto! Se casan, y el mejor día, el marido se pronun-

cia, y ¡pín! ¡pán! ¡pún! se mueren las pobrecitas del susto. ¡Donde estamos los hombres *ceviles*, vamos, que se quiten de en medio todos los militares! ¿Qué se arma un *carpinte*? ¡Nosotros hacemos fuego, y en cuanto la cosa se pone fea, *arsando* para casa de la parienta!

NIÑO. ¡*La Correspondencia*! ¡*El Correo*! ¡*El Progreso*!

ANDRES. ¿Eh? ¡Para ahí! ¡Venga *La Correspondencia*! (Le vuelve la espalda buscando en el periódico el anuncio.)

NIÑO. ¡Cinco céntimos!

ANDRES. ¿Cinco céntimos? ¡Hombre, qué baratos están ya los papeles! ¿Tienes cambio de un billete de cuatro mil reales?

NIÑO. Bueno, señor Andrés; me debe usted una *perra chica*. (Vase corriendo.)

ANDRES. Veremos si viene el anuncio. ¡Pues como no esté aquí, me parece que me quedo con la pulsera! Vamos á ver. (Leyendo.) ¡Buñuelos de viento! Con estos buñuelos se puede coger una pulmonía. ¡Chocolate superior de Venancio Vázquez! ¡Cascabeles! ¡No estarán mal aquellos buñuelos con este chocolate! ¡Aquí está! «¡La persona que haya encontrado en las inmediaciones del teatro de Novedades una pulsera con una esmeralda rodeada de brillantes, puede devolverla en la calle de Claudio Coello, hotel número... y se le dará una buena gratificación!» ¡Vaya! Pues ya pareció su dueño. (Saca un papel, en donde llevará una pulsera y la examina.) ¡Qué lástima! Es la misma, no hay duda. ¿Para qué perderán estas cosas... si luego las anuncian? ¡He aquí una alhaja que bien valdrá diez ó doce mil reales! ¡Y tenerla ahora que devolver! ¡En fin, cobraremos el hallazgo! ¡Y es una piedra muy fina! Ahora si que no se puede decir: ¡menos dá una piedra! Ya verá usted, como sale algún portero con gran *levitón*, ofreciéndome la tercera parte de la cantidad, y guardándose las dos restantes. Pues como yo lo huela, le suelto un *repiqueteo* en los dientes, que le

va á parecer un sábado de gloria.

ESCENA VII.

ANDRÉS y DANIEL.

Los faroleros encienden las luces en las dos farolas que habrá á la entrada del teatro. Se empiezan á levantar los puestos sin hacer ruído. Andrés se pasea leyendo *La Correspondencia* y con visible agitación.

DANIEL. Con estas dos *plumas*, bien empleadas, se podrá matar la noche... y defenderse de este *gris* que corre. (Examinando las pesetas.) ¡Parecen de muselina! (Las suena en el suelo.) No; son *menisteriales*. (Las suena otra vez.)

ANDRES. ¡Buen sonido! Esa es la música de *verdad*. ¡Calle! ¿Es Daniel?

DANIEL. Sí; ¡el mismo! Daniel con su *endeviduo*, al natural.

ANDRES. ¡Ah! pues me vienes que ni de molde. (Ap.) (Ese viejo hipócrita va sacando mucho las uñas! Si yo pudiera arreglarme de modo que éste... (Reflexiona.) Si; ¡eso es! Ha llegado el momento de que Daniel sepa la historia de Anselma) (Alto.) ¿Y qué es eso? ¿Has cobrado hoy la nómina?

DANIEL. ¡Cálldte, hombre! ¡Estoy pensando, cómo podría complacer al señor Mendoza!...

ANDRES. ¿Pues qué desea?

DANIEL. Un prestamista... un usurero que le arree unos cuantos duros... Y me he acordado de tí.

ANDRES. ¡Si se trata de hacer negocio, tú ya sabes! ¿Á qué está uno?

DANIEL. Pues nada. La ganancia á medias. Háblale tú al perro de ese escribano que se llama don Cósme y trabaja porque el préstamo se haga pronto y en buenas condiciones...

ANDRES. Se trabajará... ¡Se hará lo que se pueda... pero no hay que fiarse! ¡Ya sabes tú que don Cósme no se

corre! ¡Eso, sí! ¡El se pasa las mañanas en las sacristías y las tardes en las *cuarenta horas*; pero ni por cuarenta tiros suelta el *conquibus*! De todas maneras, por mí no ha de quedar.

DANIEL. Como tú lo trabajes. ¡En todo el barrio se dice que eres el niño mimado de ese cuervo!

ANDRES. Asi.... asi... Pero si yo tuviera que comer con lo que me da don Cósme, tendría el estómago mas arrugado que la funda de un paraguas en día de lluvia! ¡Tú no conoces á ese vejete!

DANIEL. Lo cierto es que solo de tí se fia.

ANDRES. ¡Las cosas! ¡*Semos* antiguos amigos! ¡Desde el tiempo en que yo tenía quince años! ¡Me acuerdo como si fuera hoy! Era una tarde en que andaba yo por aquí sin haber olido el pan en todo el día! ¡Don Cósme, con su capa azul de siempre... se acercó á mí, y me dijo, dice...—Chist! Muchacho: ¿quieres ganarte dos cuartos? ¡Este *cabayero* se quiere perder!... me dije yo. Pues anda; sube al quinto piso de aquella casa... pregunta por una jóven que se llama... Anselma... y le das esta carta...

DANIEL. ¡Anselma! (Con expresión de ternura y dolor.)

ANDRES. ¡Si, Anselma! ¡La pobre Anselma! Pues ya sabes: subí, pregunté y salió una muchacha muy guapa... muy descolorida... y muy triste... y yo le solté la esquela. Ella la abrió, la abrió á escape, y después de leerla... ¡cállate, hombre! rompió á llorar lo mismo que una criatura que se queda sin padre... ¡Mira! ¡Yo me había plantado á la puerta de la habitación por si ella me soltaba alguna propinilla! ¡Ya, tú ves! ¡Yo me figuré *de seguida* que aquella *chavala*, debía de correr por cuenta del pícaro curial! ¡Figúrate, yo! ¡En cuanto la ví gimoteando, me dieron ganas de bajar á la calle, quitarme la honda de la cintura, y soltarle al esribano un cantazo! ¡Ea, en resumidas cuentas; que don Cósme, al saber que la chica estaba en cinta, para quitarse de ruídos, le soltó la licencia absoluta!

DANIEL. (Con gran sobresalto.) ¡Sigue! ¿Sigue!

ANDRES. Salí de aquel camaranchón, mas aburrido que un torero de invierno, y cuando miré á la esquina en donde creía hallarle, aquél tunante se las había guillado!

DANIEL. ¡Ah! ¿Y no recuerdas el apellido?... ¿No supiste más de aquella mujer?

ANDRES. ¡Aguarda! ¡Verás! Yo había cobrado ley sin darme cuenta á la tal Anselma. Algunas tardes la iba á ver... No siempre, porque no siempre tenía una peseteja que llevarla y algunas frioleras... Ella empezó á ponerse mala; pero muy mala, hombre! Le escribía muchas cartas á don Cosme. Yo para que no me cogiera ojeriza el maldíto, se las entregaba á su escribiente; un chico que había jugado conmigo de pequeño á la rayuela.., ¡Pero, que si quieres! ¡No hay peor sordo que el que no quiere oir ¡Una mañana que estaba yo en San Andrés, por si se ofrecía algo que hacer, entraron en la iglesia unas vecinas de Anselma con un muñeco que traían á cristianar... Era el *crío* de la Anselma, á quien don Cósme no quiso reconocer... El canalla, ni siquiera había dado una limosna á la madre!

DANIEL. (Con ansiedad.) Y se llamaba... ¿y se llamaba aquella infeliz?...

ANDRES. (Afligido.) Á las dos ó tres semanas, una noche pasé yo corriendo por delante de la casa de la pobre muchacha, cuando me sorprendió un corro de comadres á su puerta... ¡Acababa de morir y en la miseria mas atroz!... ¡Entonces me dijeron que una gran señorona, la dueña de la casa, había recogido al chico!

DANIEL. ¡Oh! ¡Pero... el nombre, por Dios! ¡el nombre de aquella desgraciada!

ANDRES. ¡No se me ha olvidado! ¡No se me olvidará jamás! ¡Se llamaba Anselma Corzuelo.

DANIEL. ¡Mi hermana! (Pausa. Daniel se cubre los ojos con el pañuelo y permanece como embargado por el sufrimiento.) ¡Pobre hermana mía!

ANDRES. (Sacando tambien el pañuelo, dice aparte.) (Ya se la solté.

¡Esto marcha!) (Ahora tratemos de disimular.) (Alto.) ¡Amigo Daniel! ¡Perdóname, hombre, el mal rato... yo siempre he sido un bruto! ¡nada! hasta que me muera... ¿Quién había de figurarse que tú eras hermano de?... ¡Vámonos de aquí! Ya eso no tiene remedio. ¡Ea! te convido... y tú pagas. El tío Pedro abre esta noche su tienda nueva de vinos, ahí enfrente. ¡Anda! ¡Ya tú verás como nos obsequia! ¡El peñascaró hace olvidar las penas! ¡Ven! (Cogiéndolo del brazo.)

DANIEL. ¡Anselma! ¡Daniel te vengará!

ESCENA VIII.

MENDOZA, después LA MARQUESA.

MEND. (Consultando el reloj.) La hora se aproxima. ¡Las siete! No tardará.

MARQ. ¡Mendoza!

MEND. ¡Señora! ¿Usted aquí?

MARQ. No forme usted ningún juicio antes de oirme. He roto el juramento que hice de no volver nunca á cruzar con usted mi palabra...

MEND. Resolución tan ciega como injusta, amiga mía.

MARQ. No perdamos el tiempo... Se trata de un asunto que puede ser mi felicidad... que extravía mi razón...

MEND. Hable usted, Marquesa. Hable usted, pronto.

MARQ. Pues, bién: he recibido una carta en que se me dice que mi hija... ¡que nuestra hija Ángeles, vive!

MEND. ¡Ah! ¡Que vive nuestra hija!

MARQ. Sí. En esta carta hay detalles que parecen creibles, que resultan de una posibilidad fundada... Necesito que usted me aconseje... que me oiga...

MEND. ¡Esas palabras me llenan de asombro! ¡Entre usted, señora, éntre usted; y veremos si se trata de una felíz casualidad, ó de una locura! (Entrando en el teatro.)

MARQ. ¡Mi corazón de madre me anuncia que esa noticia es cierta!

(Unos cuantos murguistas se sitúan frente á la taberna. Dentro de ella una voz de mujer, canta.)

«Las mujeres al fin ceden,
cuando los hombres porfián,
desgraciadas las mujeres
que de los hombres se fian.»

(Se oye el ruido de las palmas llevando el compás. Al terminar la copla, la música rompe á tocar. Por distintos lados acude la gente corriendo. Cae el telon lentamente.)

FIN DEL ACTO PIRMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitación blanca con anchas puertas de cristales y abiertas en el fondo. Á la derecha é izquierda de las mismas, rejas á la calle con trasparentes. Tres mesas con tapetes verdes, colocadas en el foro derecha del actor, dando frente al público una y las dos restantes á ambos lados del proscenio. Sillas y bancos, tode muy modesto. Una puerta á la derecha que conduce á las habitaciones interiores. Otra á la izquierda cerrada y con llave. Detrás de las puertas vidrieras del foro, que serán lo más anchas posibles, se verá la acera de enfrente. Es de día. Dos escribientes trabajan sentados; uno en la mesa del foro y otro en la que se hallará en primer término á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

D. CÓSME con las gafas puestas, repasa unas escrituras y dice:

¡*Hem*!¡*Hem*! Tened mucho cuidado, hijos míos, con las copias de estas escrituras, confrontadlas... confrontadlas en horas extraordinarias. (Mira el reloj.) ¡Hoy andamos algo atrasados! No puedo faltar de aquí ni un momento. (Todo con mucha dulzura.) Hoy, como día de precepto, he tenido que oir mis dos misas de costumbre... ¡Me he pasado la mañana en la iglesia y he perdido el tiempo!... ¡Jesús! ¡Jesús!

(Santiguándose.) Dios me perdone. En la iglesia no se pierde el tiempo: he querido decir que no hemos tenido el necesario. (Sobre todo; no he podido hacer una visita á mi cueva. ¡Á mi tesoro!... aquí... aquí debajo te guardo. (Indicando el sitio de la trampa. Una berlina se detiene á la puerta y baja la Marquesa.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! (Viendo á la Marquesa y con cierta alegría y sarcasmo.) ¡La señora Marquesa de Manzanares! (Se quita el gorro, lo deja sobre la mesa y va corriendo con cierta debilidad al encuentro de la Marquesa.) ¡Cuánta honra, señora, cuánta honra! (Al entrar la Marquesa.)

ESCENA II.

D. CÓSME y la MARQUESA.

MARQ. Déjeme usted una silla, por Dios. ¡La carta que usted me ha escrito!... ¡Mi hija!

COSME. (Bajo á la Marquesa.) (¡Chís!... ¡Ah! sí... Ahora hablaremos.) (Á los escribientes en voz alta.) ¡Perfectamente! ¡Perfectamente! (Frotándose las manos) ¡Hijos míos! basta por hoy... Ya lo sabeis... ¡Ya lo saben, señora Marquesa! no me gusta que se trabaje los días de precepto. ¡Ellos se empeñan! ¡Son así... aplicaditos... los pobres! ¡*Hem*! ¡*Hem*! Bueno, bueno... Á descansar; hasta mañana ¿eh? Mañana una hora más temprano... ¡sin falta! (Con dureza. Cambiando de tono.) ¡Si podeis buenamente, hijos míos, si podeis buenamente! (Salen los escribientes por las puertas del foro. D. Cósme va detrás de ellos y cierra las vidrieras.)

MARQ. Gracias á Dios que podemos hablar. Ayer tarde, cuando recibí la carta de usted, vine corriendo á verle; pero me encontré que ya el escritorio estaba cerrado.

COSME. ¡Á las siete! ¡Cierro á las siete! Si yo hubiera podido suponer tanta urgencia...

MARQ. ¡Dios mío! Me escribe usted que una niña á quien yo

creía muerta, vive, y se extraña, y se admira usted de mi ansiedad por saberlo todo.

COSME. ¡Calma! ¡Calma! Esa agitación en el estado de salud en que usted se encuentra, pudiera serle funesta.

MARQ. ¡Dios mío! ¿pero es cierto que mi hija vive?

COSME. ¡Calma! ¡Calma! Yo le explicaré á usted lo que pasa; pero tranquilícese usted. Esa exaltación...

MARQ. Dígame usted lo que sepa; pero pronto, en dos palabras, sin tenerme en esta incertidumbre cruel.

COSME. Acaso usted ignore, señora Marquesa, que yo soy el decano y el hermano mayor de la Cofradía de los Desamparados. Las buenas obras se deben ejercer en el misterio. La santa caridad es contraria á las mundanas ostentaciones... Pues bien: hace pocos días, cumpliendo con mis deberes reglamentarios, fuí á visitar á una pobre moribunda... Conociendo ella mi profesión, quíso hacer testamento... Aquella desgraciada había sido una de esas mujeres de historia! ¡Ah! usted la conocía mucho; se llamaba Dolores Calderón.

MARQ. ¡Demasiado! Fué una antigua doncella mía, que me pagó villanamente los muchos beneficios que yo la había dispensado.

COSME. ¡Eso es! ¡*Hem*! La pobrecilla tuvo la desgracia de enamorarse en serio de un antiguo amigo de la señora Marquesa...

MARQ. ¡Oh! ¡por Dios! Evíteme usted el disgusto que me produce esa historia...

COSME. ¡Sí, lo sé todo! La señora Marquesa no tiene de que avergonzarse delante de mí... Á la señora Marquesa la obligaron á reunirse con un hombre á quien no podía amar; con un hombre cuya naturaleza arruinada por sus vicios...

MARQ. Dejemos eso; por caridad, abrevie usted todo lo posible.

COSME. Dolores Calderón, después de vivir algunos años con el famoso actor, con el gallardo Mendoza, huyó un día con un nuevo amante, el cual á su vez se cansó

de ella! La desventurada ¡fué lástima! ¡tenía un espíritu mercantíl prodigioso! ¡*Rara avis*, señora, *rara avis*! Primero se hizo prendera; luego adquirió á traspaso un famoso *restaurant*; después emprendió grandes expeculaciones... (La Marquesa se muestra agitada é impaciente.) Pero, para no romper con las tradiciones de raza, hizo lo que hacen siempre esas descreidas: entregó su corazón y su fortuna á un malvado que en un plazo breve la dejó medio arruinada.

MARQ. ¡Pero!... ¿Mi hija?

COSME. Ya concluyo. Dolores Calderón me reveló el nacimiento de una niña, fruto de los amores de la señora Marquesa de Manzanares, con el arrogante cómico... La niña fué entregada por usted á Dolores á fin de que la pusiera en manos de una nodriza de confianza. Esto ocurrió por la época en que la *traidorzuela* mantenía relaciones con el amante de la señora Marquesa, y arrastrada por la sed de venganza, concibió el infame proyecto de robar á usted, y de robar al señor Mendoza, la hija de aquellos amores que tanto le atormentaron...

MARQ. ¡Ah! ¿Y mi hija, y la pobre hija mía?

COSME. Debiera haber quedado depositada una noche en el torno de la casa de Expósitos.

MARQ. ¡Dios mío! (Llorando.) ¡Ah! ¡Cuántas lágrimas causa un momento de locura! ¡Qué bien castigada ha sido aquella terrible falta, aquel ciego olvido de mis deberes!

COSME. Dolores Calderón al morir poseía algunos excasos bienes... ¡*Hem*! ¡*Hem*! poca cosa, señora Marquesa, poca cosa... y me dijo: deseo que averigüe usted el paradero de aquella infeliz criatura... La nodriza debe vivir... Se llama Josefa Durán. Búsquela usted, y entregue á la Marquesa la niña robada, para que mi buena señora me perdone, y Dios me perdone también.

MARQ. ¿Y entónces, supo usted que vive la hija de mi corazón? (Con alegría y llorando.)

COSME. Averigüé, señora, que la niña en vez de haber sido depositada en la casa de maternidad, fué recogida por su nodriza, y hoy á los ojos de todo el mundo pasa por hija de Josefa Durán.

MARQ. (Con algún sobresalto.) ¡Pronto! Las señas de esa mujer. ¡Oh, ¡sí! Dios me perdona, Dios me devuelve en los últimos años de mi vida esa pobre criatura, á quién consagraré todo mi cariño, todos los momentos de mi existencia. Es preciso que ahora mismo salgamos ¿lo entiende usted? ¡ahora mismo! Mi coche está á la puerta.

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! ¡No tan aprisa, señora, no tan aprisa! En primer lugar, hasta dentro de algunas horas... quizás dos ó tres días no sabremos las señas de esa Josefa... conocida... ¡ah, sí! conocida por *Pepilla la Cigarrera.*

MARQ. Pues, bien: hoy mismo, cueste lo que cueste... es preciso que yo las tenga... ¡Oh! el servicio que usted me ha prestado, dejará para siempre en mi alma la gratitud más grande.

COSME. ¡La gratitud! Gracias, señora, gracias... Pero han sido necesarios algunos gastos... muchos gastos...

MARQ. Deme usted una hoja de papel. (D. Cósme le da el papel y una pluma.) ¿Á cuánto ascienden las diligencias?

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! Sentiría que le pareciera mucho á la señora Marquesa. (Le pediré mil duros.)

MARQ. Ese noble beneficio no se paga con dinero. ¿Á cuánto dice usted qué ascienden?

COSME. ¡Á dos mil duros, señora!

ESCENA III.

D. CÓSME, MARQUESA, ANDRÉS.

ANDRES. (Que después de haber levantado el picaporte se habrá ido aproximando poco á poco.) (¡Buen sablazo!) (La Marquesa sentada de espaldas á Andrés, escribe con febril agitación. D. Cósme la conrempla sonriendo, y frotándose las manos.) Y el señor

Mendoza que desea ver á este pícaro, ahora mismo... ¡Pero, cá! Ese culebrón no suelta los chulés á tres tirones... Y poca prisa que tiene el caballero por atrapar los monises... Llégate á la escribanía para no perder tiempo,—me ha dicho el señor Mendoza.—Á ver si está allí ese pájaro pinto! Y mientras tanto, él se queda en aquel escenario dando voces: ¡Á ver! ¡Ese telón más bajo! ¡Eh! ¡alto! ¡La salida de usted es por la izquierda! ¡Vuelve tú á repetir ese parlamento! ¡No hay que dormirse! ¡Vivo! (Dándose dos palmadas.) ¡Ahora es cuando usted recoge del suelo el puñal! ¡Como me gustaría ser cómico! Esa sí que es buena vida, sobre todo, cuando dice uno así... una cosa así...

Con quince lidié en Zamora
y á los quince los vencí,

y rompe el público en aplausos extrepitosos!

MARQ. Tenga usted. (Alargándole el papel.) Mi administrador le abonará á usted hoy mismo esa suma.

COSME. Gracias, señora Marquesa, un millón de gracias.

MARQ. Volveré muy pronto á saber si ha recibido usted esas noticias.

COSME. Tendré un vèrdadero honor en esperar á la señora Marquesa... Acaso dentro de una hora habrá ya vuelto la persona que he enviado á averiguar...

MARQ. Está bien. En usted confio.

COSME. Adios, señora Marquesa.

ANDRES. ¡Calle! ¡Y como va soltando las redes este pescador de lo ajeno! ¡Y qué relacionado! ¿Por qué no habían de ir también por mi sotabanco estas señoras encopetadas! (D. Cósme acompaña hasta la puerta á la Marquesa. Andrés se adelanta y abre la portezuela de la berlina.) Vaya usía con Dios, señora Marquesa! ¡Oye, cochero! ¡Cuidado con atropellar á nadie! ¡Por qué, vosotros, en cuánto cojeis las riendas, allá va eso! ¡Lo mismo que si fueran moros los que van á pié! (La berlina parte. Andrés entra en la escena cerrando las vidrieras.)

ESCENA IV.

D. CÓSME y ANDRÉS.

COSME. (Se sienta.) ¿Qué traes tú por aquí, buena pieza?

ANDRES. (Que mira á D. Cósme y lo amenaza á hurtadillas.) Vengo de parte del señor Mendoza, que desea enterarse de si podría ahora mismo hacer una escapadilla para hablarle, por motivo de un préstamo que necesita.

COSME. (Con acritud.) ¿Y quién es ese señor Mendoza? ¿Crees tú que yo tengo mi dinero para darlo así, sin más ni más?...

ANDRES. ¡Cascabeles! ¿Usted no conoce al señor Mendoza? ¡Qué gracia! ¡Parece mentira que usted no conozca al señor Mendoza! Pues si todo el mundo le conoce.

COSME. (Desorientemos á este majadero.) Bueno, pues yo no le conozco.

ANDRES. ¡Ahora caigo! ¡Ya se ve! ¡Como usted nunca va al teatro!

COSME. ¡Ah! ¿es algún cómico?

ANDRES. Es el primer galán de Novedades. Si usted viera cuando dice:

«Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra...»

COSME. Calla, hombre, calla. ¿Y qué quiere el señor Mendoza?

ANDRES. ¡Pues ya lo ha oido usted, unos cuartos! Es un caballero; mejorando lo presente. (Con tono de mofa.) ¿Quiere usted que vaya á buscarle? Verá usted... Viene escapado... en un periquete. ¡Pero ya no hace falta! Mire usted: allí viene en compañía de mi amigo Daniel.

ESCENA V.

CÓSME, ANDRÉS, MENDOZA y DANIEL.

COSME. (¡Pues señor, dia completo! Mendoza, el amante de la Marquesa, viene á caer en mis manos. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Resucitada la hija, es evidente que la Marquesa sentirá por Ángeles entrañable cariño. Mendoza no renuncia tan fácilmente á sus derechos de padre... ¡Oh, sí! ¡Cabe una reconciliación entre los antiguos amantes; y ahora que la Marquesa es viuda, considero casi seguro su casamiento con Mendoza! ¡Puedo, pues, prestarle mi dinero sin el menor riesgo! ¡Magnífico! ¡La Marquesa pagará las trampas de éste!)

MEND. Me han dicho que acaso usted podría facilitarme una suma que necesito con urgencia. .

COSME. ¡Entendámonos! ¡Yo no presto! Uno de mis clientes coloca algunas cantidades por mi conducto, con buenas garantías... Yo soy pobre... Yo soy un honrado escribano y nada más.

ANDRES. (Mas honrado que Candelas.)

MEND. Pues bien, mi nombre y mi profesión creo que podrán ofrecerle...

COSME. Yo no tengo el honor... ¿Cómo es su gracia de usted?

MEND. ¡Enrique Mendoza!

COSME. ¡Mendoza! ¡Mendoza! No recuerdo.

MEND. Primer actor del teatro de Novedades.

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! Ya veo que es usted una persona conocida... un hombre honrado... ¡Basta con verle!... Su aspecto de usted inspira desde luego confianza. ¿Y qué cantidad, necesita usted, amigo mío?

MEND. ¡Seis mil reales!

COSME. ¡Ah! ¡poco es! Yo creí que se trataba de alguna suma algo más importante.

MEND. Pido lo extrictamente necesario. El temor de que usted se negara á negociar mi firma...

COSME. ¡Bah! ¿Y por qué? Cuando se trata de una persona conocida, de un hombre de honrados antecedentes, como los suyos, y que cuenta para cubrir sus compromisos con un sueldo, yo tengo poderes discrecionales de mi cliente...

MEND. ¿Y me facilitaría usted la suma completa que necesito?

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! ¿Y por qué no? Si yo la tengo, si alcan-

za á lo que usted solicite...

MEND. En ese caso me atrevería á pedirle el doble de lo que le he indicado.

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! No es mucho, no es mucho... ¡Nada; convenido! Mañana se hallará extendida la escritura... mañana podrá usted firmar.

ANDRES. (Á Daniel.) ¡Ea! ¡que se ha vuelto loco este tío! ¡De esta se muere, hombre, se muere!)

MEND. Quedo á usted profundamente agradecido. Mañana vendré á firmar sin falta.

COSME. Pues, hasta mañana. Usted eche bien sus cuentas.. Comprendo que dada la posición que usted ocupa en el mundo... *halagado por damas de la alta sociedad*, ¡qué remedio! no le faltarán á usted gastos, compromisos ineludibles. Me ha sido usted simpático y quiero que modifique el juicio que haya podido formar de mí, si por acaso han llegado á usted ciertos rumores... Lo que usted necesite, caballero, lo que usted necesite...

MEND. Gracias, mil gracias. Estoy á su servicio y deseo que usted disponga de mí... He de esperar con impaciencia la ocasión en que poder demostrarle mi reconocimiento...

COSME. Cúbrase usted, cúbrase usted, señor de Mendoza.

DANIEL. (Á Andrés, bajo.) ¡Yo me quedo! ¡Tengo que hablar con ese hombre!

ANDRES ¡Mira lo que haces! Ya te he dicho que puedes comprometerte...

DANIEL. Estoy resuelto... ¡Déjame!

ANDRES. ¡Bueno! ¡Pues yo me labo las manos como don Pilatos!

ESCENA VI.

D. COSME, DANIEL.

COSME. Usted desea algo por lo visto, ¿eh?

DANIEL. Sí: deseo que hablemos sin que nadie nos oiga. ¡Se trata de una infamia, de una espantosa infamia!

COSME. ¿De una infamia? ¿Cometida por quién?

DANIEL. ¡Ah! Por el hombre que pasa á los ojos de todos por un santo, de honradas costumbres, de una conducta como pocas... ¡Pues ya! Anda cada pillo por esos mundos de Dios' ¡Parece mentira! Con darse muchos golpes de pecho: cuando no tiene aquí (Golpeándose el pecho.) más que cieno. Con meterse en todas las hermandades, y andar olfateando por las sacristías, creen que nadie sospechará sus vilezas. ¡Ya, ya! (Sarcasticamente.) Pero todo sé llega á descubrir tarde ó temprano, amigo! ¡Los hipócritas, llega un día en que se ven descubiertos! (Con tono amenazador y cogiéndole por un brazo.)

COSME. (Sobresaltado.) ¿Qué pretende usted? ¿Qué derecho tiene usted para ultrajarme?

DANIEL. ¡Vamos despacio! ¿No recuerda usted una pobre muchacha del pueblo, que hace veinticinco años sedujo mi señor don Cosme, y á quien después abandonó ¡canalla! dejándola morir en la miseria?

COSME. ¡Esa es una impostura! ¡Oh! ¿Viene usted á insultarme en mi propia casa? ¡Calumnia! ¡Calumnia víl!

DANIEL. ¡Ya lo creo! Hace muchos años de esto; y el señor escribano ha debido olvidarse de la pobre Anselma Corzuelo.

COSME. (Con terror.) ¡Anselma Corzuelo! ¿Qué dice este hombre? ¿Quién es usted?

DANIEL. ¡Sí; parece que el nombre le ha hecho á usted mal cuerpo! ¡Es natural! ¡La cosa no tiene malicia!

COSME. (Reponiéndose.) Ya he dicho que eso es una calumnia. ¿Quién puede acusarme? ¿quién tiene pruebas? ¡Sí! ¿Quién se atreverá á sostener esa grosera impostura? ¡Yo no he conocido á esa mujer! (Con desprecio.)

DANIEL. ¡Mientes! ¡Oh! ¡Mientes!

COSME. (Con gran energía.) ¡Miserable!

DANIEL. Óyeme bien, y no grites...

COSME. ¡Ah! ¡No gritaré, no gritaré!... ¡Hablaremos! ¡Me parece que adivino tu intención! ¡Veamos! ¿Qué quieres? ¡Habla, habla pronto!

DANIEL. Te veo ahora dispuesto á escucharme. ¡Más vale así! Creéme; conmigo no te valdrán tus hipocresías, tus traiciones. ¡Es imposible encontrar un hombre más infame que tú! ¡Deshonraste á la infelíz obrera, valiéndote ¡estoy seguro! de promesas, de juramentos, de engaños, y ni aun tuviste compasión para tu hijo. ¿Qué negro no será tú corazón, cuando ni siquiera has querido enterarte del paradero de tu hijo? ¿Para qué? ¡Un estorbo menos, dirías tú! El juez, á quién habrán dado parte de la muerte de esa despreciable mujerzuela, habrá mandado llevar al huérfano al Refugio y ¡Santas Pascuas! Como si no hubiera más que recoger á cualquier hijo que se nos viene de manos á boca y mantenerlo después y cargar con las obligaciones de un padre! ¡Vaya! ¿Á que no me equivoco? ¿Á que pensaba así el honrado y beato don Cosme?

COSME. ¡Concluyamos! ¡Dígame usted pronto lo que intenta! Sepa yo con qué derecho viene usted á pedirme cuentas del pasado.

DANIEL. ¿Con qué derecho? ¡Ah! Anselma Corzuelo, aquella mujer que no tenía amparo sobre la tierra, que no contaba con ninguna protección en el mundo, ¡era mi hermana! Yo, por aquél tiempo, era un muchacho, un pobre muchacho, sin otro cariño sobre la tierra que el de aquella desgraciada. Ya se ve: mi hermana era pobre, muy pobre; y no tuvo otro remedio que ponerme á servir. Primero he sabido que fué usted el infame que la deshonró, después... después he sabido algo más.

COSME. ¡Acabemos! ¡Deseo que termine esta situación!

DANIEL. Ya concluyo. Usted abandonó á su hijo; pero como en el mundo no faltan almas caritativas, una señora que vivía en la casa donde murió Anselma, recogió al ni-

ño... ¡Créame usted, que no he perdido el tiempo! ¡El muchacho no necesita, á Dios gracias, de su padre, del canalla de su padre! Pero conviene que se entere... ¡por lo menos para que usted se muera de vergüenza cuando lo vea pasar á su lado! Aquel niño es hoy todo un señor capitán, y vive en casa de su madrina, la noble Marquesa de Manzanares.!

COSME. (¡Santo Cielo! ¡Mi hijo, el ahijado de la Marquesa!)

DANIEL. ¡Oh! más vale así, después de todo... usted, con su avaricia, con su ruin corazón, hubiera hecho de él un hombre desgraciado, mientras que protegido de esa señora, educado por ella, hoy vive dichoso y maldita la falta que le hace tener por padre á un bribón tan redomado.

COSME. (¡Esto parece una horrible pesadilla! ¡Mi hijo, recogido y amparado por la Marquesa! ¡Ah!)

DANIEL. Y llegamos al final, señor escribano. ¡Cuando averigüé quién era el malvado que causó la muerte desesperada de la pobre Anselma, pensé mandarle al otro barrio! ¡La verdad! Y lo hubiera hecho sin el menor remordimiento; pero después he pensado otra cosa, mucho mejor para usted y para mí; sobre todo para usted.

COSME. ¿Sí? Podemos entendernos. Hable usted. Yo estoy dispuesto á todo. (Con temor.)

DANIEL. Enhorabuena. Yo me he dicho; «Daniel; si matas á »ese perro, te lo van á poner en la cuenta como si hu»bieras matado á un hombre; con lo cual siempre »saldrás perdiendo, porque á los pobres nos toca »siempre perder; conque así, ¡cachaza! en vez de que »te pongan esa cuenta, pónsela tú á él...» Y aunque yo no entiendo tanto como usted de números, he ido pensando y ¡mire usted! veinticinco años á tres mil reales que es lo ménos que se puede comer una criatura en doce meses, son setenta y cinco mil reales; cantidad que hubiera usted gastado á estas fechas con el hijo de mi hermana, y eso que usted ha-

bría sido muy capáz de dejar que se encanijara! ¡Conque, en plata! Ó me entregas ese dinero para que lo reparta entre los pobres, ó al primer grito que dés te revuelvo esta hoja en la garganta. Piénselo usted bien. Luego le queda la revancha... ¡La justicia! ¡Conseguirá usted que me prendan; pero no me matarán por eso, y en cuanto me vea en medio del arroyo, ya está usted tocando *soletas* para el otro mundo!

COSME. Yo no tengo esa cantidad... ¡Yo soy pobre!...

DANIEL. ¿No, eh? (Dirigiéndose á D. Cósme.) ¡Pues te ha llegado tu hora, malvado!

COSME. ¡Por compasión! ¡Deténgase usted! ¡Ah! ¡Le daré todo lo que yo poseo!... ¡Acaso, la mitad de lo que pide!... (Se va aproximando hacia la trampa que estará preparada.)

DANIEL. (Fuera de sí.) ¡No, y mil veces no! ¡Ni un céntimo menos! ¡Después de todo, me alegro como hay Dios! ¡Yo habia de sentir remordimiento de hacer negocio con la agonía de mi hermana: mientras que, por asesinarte ¡villano! ¡no he de tener la menor aprensión. ¡Ah! ¡no huyas! ¡Es inútil que trates de escapar!

COSME. No, si no pretendo huir... Es el miedo, el horror que me inspira tu maldita navaja. Yo no podré darte el dinero que me pides, mientras vea ese reflejo siniestro... mientras en tu mano me amenace ese cuchillo. (Se baja y hace como si tocase un resorte.)

DANIEL. ¡Ah! ¡No te arrodilles! ¡Morirás en esa postura! (Siguiendo á D. Cósme hasta colocarse sobre la trampa.)

COSME. (Con voz siniestra y levantada.) De modo que me pides el precio de la deshonra de tu hermana... ¡Já! ¡já! ¡já! Pues bien: ese oro no te corresponde: ese dinero es de ella! ¡Anda, anda y llévaselo al otro mundo! (Daniel se dirige furioso en dirección á D. Cósme y al decir este la últimas palabras, se abre el suelo.)

DANIEL. ¡Oh! ¡Asesino!

COSME. (Asomándose á la cueva.) ¡Muere ahí, perro! ¡Muere ahí! Te dejo enterrado VIVO. (Con voz lúgubre.) ¡Hasta la eternidad! (Se aparta y sube la trampa con estruendo.)

ESCENA VII.

D. CÓSME.

¡Que busquen ahora, que busquen al hermano de Anselma Corzuelo! ¡Oh! Y he estado á punto de morir á manos de ese villano. ¡Ah! ¡Qué gran obra! ¡Qué maravillosa obra! No solo me sirves para ocultar el oro, ignorada mansión, templo de mis alegrías, sino que eres también la tumba de mis enemigos. ¡Ahora, calma! ¡Procuremos tranquilizarnos! ¡Qué angustia! Respiro. (Transición.) ¡Ah! El escribano don Cósme, no se deja cojer tan fácilmente en la ratonera... Necesito poner en orden mis ideas. ¿Con qué la Marquesa ha recogido á mi hijo? ¿Con qué le mira como si fuera su propio hijo? ¡Ah! La Marquesa no tiene herederos... ¡*Hem*! Mi hijo le heredará... ¡Qué gran proyecto! Hay que ir combinando el negocio para el día de mañana; para el día en que me convenga probar que yo soy el padre del heredero de la Marquesa... ¡Ah! El infierno me ha enviado á ese hombre. ¡Su revelación cambia mis planes por completo! ¡La hija de la Marquesa de Manzanares y del cómico Mendoza, ha pasado por muerta durante muchos años!... pues que continúe para todos, muerta! (D. Cósme descuelga la capa, se la pone, coje un manojo de llaves, y cierra las segundas puertas, que figura ser de madera, con fuertes hierros; quedando la escena á oscuras. Después enciende una palmatoria, echa una mirada á la trampa, y sale por la derecha. Vuelve á quedar la escena á oscuras.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS y DANIEL.

Se oyen en la puerta de la izquierda el ruido de una llave que dará dos vueltas, dejando marcado intérvalo entre los dos sonidos. Andrés con una

linterna sorda en la mano: la deja en el suelo, y se dirige á escuchar en la puerta por donde ha hecho mútis D. Cósme. Despues de hallar el resorte, con alguna dificultad y de abrir la trampa, dice:

ANDRES. ¡Cascabeles! ¡Por fin! ¡Daniel! (Luego coloca el farol al borde de la cueva. Daniel aparece con rostro lívido y traje descompuesto.)

DANIEL. ¡Andrés!

ANDRES. ¡Calla! (Cogiéndole de un brazo y ayudándole á subir.) ¿Cómo va esa salud? (Con tono festivo.)

DANIEL. Estoy sin sangre en las venas. ¡Oh! creí que me había llegado la hora.

ANDRES. ¡Aun no! ¡Ese infame, que de nada se olvida, se ha olvidado de que existe Andrés!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardín de un hotel con verja en el foro cubierta por ramaje Tras la verja y destacándose sobre ella, dos faroles de gas alumbrando la calle, y los cuales se encenderán en el momento preciso. Á la derecha macetas en frente del segundo bastidor, indicando la entrada al hotel. Á la izquierda, calle de árboles que conduce al edificio. Mecedoras de jardín, velador rústico, etc. La acción empieza á la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA y CÁRLOS.

MARQ. (Sentada.) Pues bien; necesito respirar el aire libre. El estado febril que siento, y que tú adviertes, se calma con la frescura de este ambiente.

CARLOS. El médico no participa de esa opinión. Sobre todo, lo que más puede perjudicar á la salud de usted, es el rocío de la noche... Por las tardes, después de oculto el sol, se queda usted aquí dormida, y si bien los días van siendo templados, esa locura puede costarle muy cara.

MARQ. Bien; seguiré tus consejos. No volveré á dormirme aquí. Y ahora hablemos como buenos amigos.

CARLOS. ¡Ah! Me figuro de lo que me va usted á hablar.

MARQ. ¡Oiga! Parece que esa conciencia no anda muy tranquila.

CARLOS. Créame usted, que de nada me acusa.

MARQ. ¡Ah, picarillo! ¿Conque la conciencia no te dice que es un pecado imperdonable engañar á tu madrina?

CARLOS. ¿Por qué me dice usted eso?

MARQ. ¡Bah! ¡todo se sabe! Hay quien asegura que esos amores van adelantando mucho. Vamos, nada de reservas conmigo, sería una ingratitud.

CARLOS. No, mi buena, mi adorada madrina. De eso precisamente le quería yo hablar... Para usted no hay secretos en mi corazón. Y como dice muy bien, resultaría una ingratitud. Yo no he conocido á mi madre, y si ella viviera, más de lo que á usted la amo no la podría amar.

MARQ. ¡Ah! Sospecho que tratas de pedirme algo... ¡Bien se descubre por tus zalamerías!

CARLOS. Usted no puede dudar de mi afecto, como yo no dudo de que á nadie profesa mayor cariño que á su ahijado... ¿No es verdad? (Con filial ternura.)

MARQ. Habrá que dejarse engañar.. ¿Sepamos de qué se trata?

CARLOS. Muchas veces hemos hablado de Ángeles. ¡Ah! Si usted viera qué alegría y que hermoso rubor apareció en su rostro, cuando antes de ayer le dije que usted protejería nuestros amores! ¡Y no es extraño!—Algunas gentes creen que los ricos odian á los pobres!—¡Ah! pero usted no es así; usted no encuentra placer superior al que produce el ejercicio de la caridad.

MARQ. Se debe hacer el bien, por el bien mismo. Desconfía, hijo mío, del rico que no se conmueve ante la miseria del pobre.

CARLOS. Si usted hubiera presenciado aquella escena de anoche. Yo bien sé que me van á reñir por la mentirilla... pero no temo arrostrar su enojo, para demostrarle que nada le oculto.

MARQ. Oigamos.

CARLOS. ¡Las pobres estaban muy tristes! Ya sabe usted que la madre de Ángeles me consiente que algunas noches las acompañe mientras ellas trabajan... Yo no sabía cómo ahuyentar aquella tristeza... Ángeles, aprovechando el ruído que hacía su madre al coser en la máquina, me dijo callandito: *todo el día no hace más que llorar*. Al instante me figuré que aquellas lágrimas eran causadas por mi reserva, y alzando la voz dije: «Ángeles, mi madrina me ha dicho que quiere conocerte!»

MARQ. ¡Oh! qué hermoso corazón es el tuyo.

CARLOS. ¡Ya contaba yo con la indulgencia de mi madrina! ¡Ah! usted hubiera reido y llorado al mismo tiempo al ver aquel cuadro. La madre se levantó tirando la costura... Ángeles se puso muy colorada... muy colorada... después se echó en los brazos de su madre, y besándola con delirio, le dijo: *ahora por desconfiada no te debía querer*!

MARQ. Y el caso es, que has dicho la verdad á esas buenas gentes. ¡Es cierto! Tenía yo muchos deseos de conocer á esa niña.

CARLOS. ¡Ya decía yo! ¡Si no puede ser por menos! Si no hay una mujer más buena y más noble que mi madrina (Con cierto énfasis.) ¡que mi madrina, la señora Marquesa de Manzanares!

MARQ. Por manera, que después de eso ya no hay otro remedio que invitarlas á venir. . Será preciso que Juan, con pretesto de llevarlas unas flores...

CARLOS. ¡Cá! Si no tiene usted que molestarse.

MARQ. No te comprendo.

CARLOS. Pues... ¡como era muy natural! No sabiendo yo cómo salir del paso, les dije que vinieran esta tarde á visitar á usted.

MARQ. ¡Tiene gracia la intriga! En fin; que vengan ¿por qué no? Yo no deseo otra cosa que tu dicha. Los pesares de este mundo me han hecho comprender que no hay en el matrimonio felicidad sin el amor.

CARLOS. Y cuando usted conozca á esa adorable niña, cuando admire sus virtudes y la pureza de su alma, tengo el convencimiento de que no se arrepentirá de haber sido tan buena para con nosotros...

ESCENA II.

LA MARQUESA, CÁRLOS y el LACAYO.

LACAYO. Señora; el escribano don Cósme desea hablar con la señora Marquesa.

MARQ. (Levantándose rápidamente.) Que entre, que entre en seguida. Mi querido Cárlos, la persona que me anuncian viene á hablarme de algunos asuntos sobre mis propiedades de Andalucía.

CARLOS. Bien; me marcho. Aun falta bastante (Mirando el reloj.) para la hora de la cita. Si no lo juzga usted mal, iría á buscarlas y podríamos venir juntos.

MARQ. Como tú quieras, hijo mío.

ESCENA III.

LA MARQUESA, D. CÓSME y el LACAYO que observa desde lejos á D. Cósme con muestra de desconfianza.

MARQ. ¡Por fin! ¡Gracias á Dios! Todo el día he estado esperándole á usted con ansiedad.

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! Ya lo comprendía yo así; pero la señora Marquesa debe suponer que no ha dependido de mí la dilación.

MARQ. Sí; lo supongo. ¿Trae usted las señas de esa mujer?

COSME. Es un verdadero disgusto para mí tener que causar á la señora Marquesa la más pequeña contrariedad... Sentiría que la señora me culpase sin tener en cuenta mi buena intención...

MARQ. (Con movimiento de enojo.) (¡Oh! ¡Esa reserva! ¡Comprendo! Este hombre quiere ante todo cobrar sus servicios.) (Con tono ofendido.) ¡Creo que no ha podido usted

percibir hoy esa cantidad!

COSME. ¡Cierto! ¡Muy cierto! No he encontrado en las oficinas al administrador de la señora Marquesa... Lo que obra en mi poder no es un recibo... ¡Es una carta-órden!

MARQ. (Este hombre ha sido capáz de desconfiar de mí! (Mira con desprecio á D. Cósme) Espéreme usted aquí un momento. ¡Yo misma voy á entregarle esa cantidad! (Vase por la izquierda.)

COSME. (Siguiéndola.) Siento mucho que la señora Marquesa se moleste... Aun cuando no anda uno muy sobrado... sin embargo...

ESCENA VI.

D. CÓSME.

El lacayo, que se habrá ocultado por algunos momentos, aparece como observando disimuladamente á D. Cósme. Después se pasea por el foro.

COSME. ¡Anda! ¡Anda! ¡Traéme ese dinero conque intentas pagarme la resurrección de tu hija á la vida del lujo y de la soberbia! ¡Qué poco sabes tú que la restitución de tu hija, sería la ruina de mi hijo! Marquesa de Manzanares: en mi escribanía se encuentra archivado el testamento que otorgaste durante tu última enfermedad en favor de Cárlos, de mi hijo, que tú adoptaste hace veinticinco años! ¡No! Tu hija no tendrá jamás motivo para envanecerse con la inmensa fortuna que posees! ¿Y vas á entregarme dos mil duros para que yo mismo me pierda... para que yo despoje á mi hijo de una fortuna que ya es suya... de una fortuna que yo podría participar con solo presentarme á él y decirle: ¡tú eres mi hijo! ¡jí! ¡jí! ¡Anda! ¡anda! ¡Cuenta ese dinero; traémelo, Marquesa, traémelo! ¡Á estas horas mi plán estará realizado! Y dentro de pocos días. . ¡*Hem*! ¡*Hem*!

ESCENA V.

LOS MISMOS, CÁRLOS que atraviesa la escena con el sombrero puesto.

CARLOS. Yo conozco á ese hombre; ¿dónde le he visto? (Dirigiéndose al lacayo.) ¿Oye, Juan, tú sabes quién es? (Señalando á D. Cósme.)

JUAN. Señorito, el escribano de la señora Marquesa. ¡Un avaro, según dicen!

CARLOS. Ahora recuerdo. Es el viejecito que me miraba ayer tarde al salir de casa, y por cierto de una manera muy extraña que llamó mi atención.

JUAN. ¡Ya se ve! ¡Conocería al señorito! Y como la señora Marquesa le ocupa en los negocios de la casa... (Cárlos se detiene un momento mirando á D. Cósme y después sale. El lacayo se oculta depués de pasearse otra vez. D. Cósme, que habrá abierto los brazos con visible emoción al ver á Cárlos, le sigue con la vista atentamente. La Marquesa, que sale en este momento, se queda también observando el juego de Cósme. Pausa.)

ESCENA VI.

D. CÓSME y la MARQUESA.

MARQ. ¿Conoce usted á Cárlos? ¿Es un gallardo muchacho, eh?

COSME. (Receloso.) Si, señora. Es un joven interesante... Todo un buen mozo... La señora Marquesa me ha encontrado distraído.

MARQ. Aquí tiene usted diez billetes de á mil pesetas. Cuéntelos usted.

COSME. ¡Por santa Petronila! Me ofende la señora... (Contándolos con movimiento convulsivo.) La señora Marquesa ya los habrá contado.

MARQ. (Aproximando sillas.) Y ahora hablemos. Dígame usted la verdad de lo que ocurra. La verdad, lealmente. (Como reconviniéndole. Se sientan.)

COSME. ¡Temo... Ello será preciso que lo sepa usted... todo! ¡Son cosas de la vida; de esta vida tan amarga, tan llena de misterios y dolores!

MARQ. Mi corazón se halla acostumbrado á toda suerte de infortunios. Hable usted.

COSME. Me ha sido preciso poner en juego á no sé cuanta gente. He repartido, ¿con mano pródiga, eh? (Esta frase ha de decirse de un modo singular, como protestando contra la nota de usurero.) qué se yo cuánto dinero á los sabuesos de la policía! ¡He recurrido á todos los medios! ¡*Hem*! ¡*Hem*!

MARQ. ¿Y ha sabido usted?

COSME. No me podré consolar nunca de haberme visto... de verme ahora en la precisión de decirle á la señora que ¡desgraciadamente!... aun cuando esa historia revelada por su antigua doncella... es muy cierta... la niña Ángeles... la hija de la señora Marquesa... murió hace más de seis años!

MARQ. (Levantándose con indignación.) ¡Mentira! ¡Eso tiene todas las trazas de una infamia! ¡Mi corazón de madre no puede engañarse... mi corazón me dice que vive mi hija. ¡Sí! ¡lo veo en la turbación de esa cara!

COSME. ¡Eh! Tengamos resignación... El dolor trastorna á la señora. ¿Cree usted que un hombre de mis antecedentes, de mis honrados antecedentes podía engañarla? ¿Y con qué objeto?

MARQ. Yo no lo sé; pero hay algo en todo lo que usted me dice, que me llena de espanto.

COSME. ¡Calma! ¡calma! ¡calma!... ¿Acaso vino usted á pedirme que buscase á su hija; cuando por el contrario fuí yo quien se apresuró á comunicarle á usted las noticias que recibí... Con qué alegría no hubiera yo venido hoy á expresarle: la niña, en efecto, vive; en vez de tenerla que decir: (Como gozándose en atormentar

á la Marquesa.) Señora Marquesa, *su hija ha muerto para siempre.*

MARQ. Pues, bien; dígame usted las señas de esa buena mujer que recogió á mi hija, que me robó su cariño!... (Llorando.) Quiero verla... quiero llorar con ella la pérdida del único ser cuyo amor hubiera sido mi felicidad en el mundo.

COSME. ¡Imposible!

MARQ. ¡Imposible! (Con espanto.) ¿Y por qué? ¡Oh! ¿Qué mal puede haber en ello? ¿qué misterio hay aquí?

COSME. Josefa Durán no se halla en España ¡Poco tiempo después de la muerte de la niña, partió para América!

MARQ. ¿Y dónde reside ahora?

COSME. Lo ignoro.

MARQ. No, nada de eso me convence; nada de eso habla á mi espíritu el lenguaje de la persuasión! Algo me oculta usted; algo que no puedo adivinar. (Cambiando de tono.) ¡Por piedad, por piedad! ¡Oh! devuélvame usted á mi hija. Sí, sí, yo he recompensado mal sus servicios. Ahora lo comprendo; pero eso puede repararse; pídame usted lo que usted quiera; todo me parecerá poco, mi fortuna... ¡cuánto yo posea! pero, por Dios; que logre desvanecer estas horribles dudas que oscurecen mi razón...

COSME. Es muy triste lo que acontece á la señora Marquesa, comprendo su situación.

MARQ. (Con voz lenta y observando la cara de D. Cósme.) Pues bien; usted ha cumplido; usted ha hecho cuanto le ha sido posible. ¡Ahora me toca á mí! Esta noche, esta misma noche, iré yo á dar cuenta á la justicia de todo. Me presentaré á la autoridad. ¿Qué me importa? ¡La justicia, ¡oh! usted lo ha de ver, descubrirá muy pronto el sitio donde se oculta esa Josefa Durán! (D. Cósme retrocede como asustado; la Marquesa sigue avanzando hacia él.) Daré cuenta al juez de las gestiones del honrado don Cósme, de la historia que me ha referido el intachable escribano... ¡Ah, pronto veremos el desenlace de

una trama que parece urdida por el rencor y la avaricia!

COSME. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡La señora Marquesa me amenaza! ¡La señora Marquesa, en recompensa de mi solicitud, intenta envolverme en un proceso criminal! Convengamos en que yo no podía esperar tanto. ¡*Hem*! ¡*Hem*! La señora Marquesa jura la perdición de este pobre viejo...

MARQ. Sí. No tendré compasión para nadie. El mundo diríase que se conjura para hacer trizas lentamente mi corazón: pues bien; que la ley castigue al culpable si resulta motivo para alguno. (Despidiéndole con el ademán.)

COSME. (Apretando los dientes) ¿Conque la señora Marquesa se resuelve á que tome parte en todo esto la justicia? ¿No teme la señora Marquesa herir su propia honra?

MARQ. No. ¡Los hijos son antes que la honra! Esta misma noche Cárlos me acompañará al gobierno civil, y mañana al juzgado. Salga usted.

COSME. ¡*Hem*! ¡*Hem*! ¡Adios, señora! (Con mucha ironía. Se marcha lentamente, y volviendo la cabeza, dice:) Marquesa de Manzanares, acabas de firmar tu sentencia de muerte. (La Marquesa le mira alejarse con odio, y después sale por la izquierda.)

ESCENA VII.

JUAN y ANDRÉS con un periódico en la mano.

JUAN. (Dentro.) ¡He dicho á usted que no se pasa! (Gritando.) Oiga usted, (Saliendo á la escena.) aquí nadie entra sin mi permiso.

ANDRES. ¡Hombre! pues yo sin tu permiso me parece que ya he entrado. (Con mucha calma.)

JUAN. Hágame usted el favor. (Indicándole que se marche.) No me ponga usted en el caso de hacerle salir por fuerza.

JNDRES. ¿Tú? ¡Quiá!

AUAN. ¡Pero usted no vé!... ¿Para qué estoy yo aquí?

ANDRES. ¡Para holgazanear, hombre, para holgazanear!

JUAN. Pues yo le digo que ahora mismo... (Con demostración de echarle.)

ANDRES. ¿Eh? ¡Si no te callas, vas á tener que *pulir* ese balandrán para comprarte una dentadura! ¡Hombre, con esas patillas... y ese saco de cola, pareces un *candilero* del bazar de la X!

JUAN. Pero, ¿usted qué quiere aquí?

ANDRES. ¿Yo? Nada; ver á la dueña de esta casa.

JUAN. La señora no recibe...

ANDRES. Pero tú sí, ¿eh? Bueno; hazme la *vesita.*

JUAN. Si la señora le conoce á usted, dígame su nombre y le pasaré recado.

ANDRES. Así me gustan á mí los hombres, *garbosillos*... Mira; tu ama no tiene el honor de conocerme á mí; pero eso para nada sirve. Anda y dile que yo quiero hablar con ella dos palabras. (Mirando el periódico y leyendo.) «Calle »de Claudio Coello, hotel, número... y se le dará una »buena gratificación.»

JUAN. ¡Corriente! Pasaré recado; pero mientras voy... hágame usted el favor de esperar fuera... Aquí no se permite estar.

ANDRES. Me gusta... (Mirando á todos lados.) ¡Ni que hubiera aquí algo que *limpiar*!

JUAN. ¡Me espera usted allí; salgo muy pronto!...

ANDRES. ¡Pero si creerás tú que me voy á llevar un árbol en brazos! ¡Anda, hombre, anda y no seas alcornoque!

JUAN. ¡Á mí no me insulte usted!

ANDRES. ¡Nadie te ha faltado! ¡Dispensa! Otra vez te llamaré algarrobo.

ESCENA VIII.

DICHOS y PEPILLA LA CIGARRERA.

PEPILLA. ¿Está en casa la señora Marquesa? Necesito verla... ahora mismo, sin perder un momento.

ANDRES. ¿Pepilla aquí? ¡Esto va bien! ¡Esto va bien! (Frotándose las manos.)

JUAN. Ignoro si la señora podrá recibir á usted.

PEPILLA. ¡No háy remedio! ¡Tengo que verla á la fuerza! ¡Por Dios, hágame usted el favor de pasarle recado!

ESCENA IX.

LOS MISMOS y la MARQUESA con una carta en la mano.

MARQ. ¿Qué es eso, Juan? ¿Quién pregunta por mí?

PEPILLA. ¡Soy yo, señora! Yo, que necesito hablar con usted de un asunto muy grave.

JUAN. Esta mujer se ha entrado hasta aquí... porque yo... como este hombre se quería meter de rondón en casa de la señora.., y venía escandalizando...

MARQ. ¿Usted, qué deseaba? (Á Andrés.)

ANDRES. ¿Yo? ¡Muy poca cosa! Hablar dos palabras con la dueña de este hotel... He leído en *La Correspondencia* el anuncio de la pérdida de una pulsera, y venía...

MARQ. Está bien. Hágame usted el favor de aguardar un momento. En cuanto termine... (Por Pepilla.)

ANDRES. ¡Nada! ¡Yo no tengo prisa; mientras habla usted con la señora (Señalando á Pepilla.) yo me entretendré por ahí... oliendo las flores... y lo que guisen!

JUAN. (Con dureza.) Usted esperará en la portería.

ANDRES. ¡Hombre, tendría que ver! ¡Cascabeles! ¡Si me habrás tomado tú por Melgares ó el Bizco.

MARQ. Que espere este señor donde quiera.

ANDRES. ¡Ya tú oyes! (Pavoneándose.) ¡Este señor puede esperar donde quiera!

MARQ. Y usted, Juan, procure que esa carta llegue al instante á poder del gobernador: que esperen allí. Si no estuviese en su despacho, que averigüen la hora más segura de verle.

JUAN. Es que... Antonio ha salido y José se halla enfermo...

MARQ. Pues bien; vaya usted mismo. Corra usted. Yo llamaré á una de mis doncellas. (Vanse Andrés y Juan.)

ESCENA X.

LA MARQUESA y PEPILLA

MARQ. Puede usted sentarse.

PEPILLA. (Que permanece de pié.) ¡Señora! soy la madre de Ángeles. De la joven con quien el señorito Cárlos...

MARQ. ¡Ah, sí! ¿Y viene usted sola? (Afectuosamente.)

PEPILLA. Sola. (Llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Ángeles ha desaparecido! Me han robado á mi hija.

MARQ. ¿Qué dice usted?

PEPILLA. ¡La verdad, señora, la verdad! Una intriga infernal... acaso un crímen.

MARQ. ¡Ah! ¡Pero Cárlos es incapáz de cometer una acción como esa! Cárlos no puede ser el culpable.

PEPILLA. ¡Ah! ¡no! El señorito Cárlos es inocente. Á los pocos momentos de recibir yo la noticia, llegó Cárlos. ¡Oh! ¡cuando supo la horrible desgracia que me aflige, creí que se volvía loco! Sí; mi única esperanza ahora es el señorito Cárlos. Si él no la encuentra, si no alcanza que la justicia se interese...

MARQ. ¡Valor! no se desespere usted de ese modo. ¡Veamos! cuénteme usted lo que ocurre. Cuanto dependa de mí...

PEPILLA. Lo sé, señora Marquesa. Habíamos convenido los tres en que esta tarde Ángeles y yo vendríamos á ponernos á la disposición de la señora Marquesa... ¡Ah! esto parece un sueño... ¡Dios mío! (Llorando.)

MARQ. ¡Desaparecer esa pobre niña!

PEPILLA. (Hablando apresuradamente.) Mi hija, como usted sabe, asistía á un taller de modistas de la calle del Cármen. Hoy, viendo su tardanza, con alguna inquietud corrí al taller para averiguar la causa de aquel retraso. La maestra, cuando le pregunté por mi hija, se quedó parada y cambió de color... ¿Pero, qué ocurre? pregunté. Entonces me refirieron lo siguiente: una

oficiala del taller que salía á la una detrás de Ángeles, observó que unos hombres la rodearon, la detuvieron unos instantes y luego divididos se alejaron!... Ángeles anduvo algunos pasos, vaciló, llevóse las manos á la cabeza, y después cayó en tierra como herida por el rayo. Como era la hora en que salen de todos los talleres, algunas de sus amigas corrieron en auxilio de Ángeles apresuradamente. Ocurrió lo que sucede en estos casos: la gente que se arremolina. ¡Un vaso de agua! ¡Un médico! ¡Esta pobre chica se muere! En aquel momento, un señor de bastante edad, con aspecto de hombre honrado, separando á los curiosos, acercóse á mi hija y gritó: ¡por Dios, hagánme ustedes la merced de separarse! Esta señorita es mi sobrina. ¡Un coche, hagánme ustedes el favor de buscarme un coche! Como por encanto, se detuvo allí uno de alquiler. Las oficialas ayudaron á colocarla en el coche; y desapareció con mi hija.

MARQ. Ahora creo que tiene usted razón... ¡Este hecho presenta todas las apariencias de un crímen!...

PEPILLA. Pero ¿quién puede querer mal á mi pobre Ángeles? Sí, si señora, únicamente él... ¡Si! El escribano don Cósme.

MARQ. ¡Don Cósme! (Sobresaltada.) ¿Un escribano que tiene su escritorio en la calle de Toledo?

PEPILLA. Sí. Hace tres días vino á llenar de alarma mi corazón... Me dijo... (¡Ah, señora! Es necesario que usted lo sepa todo.) ¡Creyendo que acaso usted protegería los amores de Ángeles con el señorito Cárlos, yo me hallaba resuelta á revelarle el nacimiento de esa pobre niña! Ángeles, no es mi hija.

MARQ. ¡Ah! ¿Esa niña fué entregada á usted por Dolores Calderón?

PEPILLA. ¿Usted sabe?...

MARQ. ¡Exigió de usted Dolores que escribiera una carta anunciando la muerte de esa niña?...

PEPILLA. ¡Sí, sí! Pero, ¿cómo sabe usted?

MARQ. ¡Ah, esa niña es mi hija!

PEPILLA. Pero ¿será cierto? ¡Don Cósme me aseguró que su madre vivía! ¡Me habló de una gran fortuna! ¡Me amenazó! ¡Me dijo que era preciso declararlo todo!

MARQ. ¡Ah! ¡Él es!

PEPILLA. Y después... cuando fuí á verle, como habíamos convenido, me dijo que todo era ya inútil, porque la madre de Ángeles había muerto.

MARQ. ¡Ese don Cósme es un miserable! ¡Es el autor de una maquinación horrenda! ¡Oh! Pero la Providencia nos ha salvado. Ahora no hay tiempo que perder.

PEPILLA. Cárlos, el señorito Cárlos, ha quedado en ir á mi casa dentro de dos horas para decirme lo que haya podido averiguar...

MARQ. ¡Corra usted! Corra usted á su casa, y tan pronto como Cárlos llegue, al momento vuelvan ustedes los dos aquí. Iremos en mi coche á poner en manos de la justicia esa tenebrosa intriga.

PEPILLA. ¡Ah, señora Marquesa, quiera el cielo que mi hija... que la hija de usted vuelva pronto á nuestros brazos!

MARQ. ¡Sí! Dios querrá devolvernos á nuestra hija. (Vase Pepilla por la derecha, y la Marquesa por la izquierda.)

ESCENA XI.

ANDRÉS.

¡Cascabeles! ¡No ha quedado aquí ni una rata! La señora se *afufó*, y eso que la dije que... (Mirando el papel en donde lleva la alhaja.) ¡Merecía que yo llevase ahora esto á una casa de préstamos!... ¡Ni que fuera un ochavo moruno!

ESCENA XII.

ANDRÉS y MENDOZA.

MEND. (Desde el bastidor.) ¿Está la señora Marquesa?

Andres. Ya no me faltaba á mí otra cosa sino que me tomasen por un lacayo.

Mend. (Adelantándose.) ¡Diablo! ¿Qué haces tú por aquí?

Andres. ¿Qué hago? ¡Nada! ¡Respirando los aires! Abriendo el apetito.

Mend. Pero ¿con qué objeto has venido?

Andres. ¡Me he hecho diamantista! ¡Traigo aquí dentro un brazalete, que le va á salir á la señora Marquesa por una friolera!

Mend. Hoy no has parecido por el teatro.

Andres. ¡No señor! Ahora ando yo maquinando una comedia, en que al final cuelgan de una escarpia nada más que la cabeza de don Cósme.

Mend. ¡Ah! ¡El bribón! Después de tantas promesas como me hizo ayer delante de tí, hoy se ha negado á prestarme ese dinero.

Andres. Ya lo sé.

Mend. ¿Te lo ha dicho? ¿Desconfía de mí?

Andres. ¡Yo no le he vuelto á ver el cútis! ¡En seguida me presento yo á él! ¡Hay que huirle! Con ese lobo hay que andar siempre escurriendo el bulto.

Mend. ¿Entónces?

Andres. Como era muy natural que usted se casara con la señora Marquesa, después de la aparición de esa muchacha...

Mend. ¿Tú sabes?

Andres. Al serpentón del escribano se le puso cada ojo así, (Haciendo el juego.) en cuanto vió que usted quería dinero á réditos.

Mend. ¿Y ha cambiado de opinión?

Andres. ¡Claro está! ¡En cuanto ha visto que ya no le conviene el negocio!

Mend. ¿Y por qué no le conviene?

Andres. ¡Toma! Porque Daniel, que es un *boquerón* sin *dipromasia*, fué y le contó al escribano que el señorito Cárlos era su hijo. (¡Lo propio que yo quería!)

Mend. ¿Qué Cárlos es hijo de don Cósme?

ANDRES. ¡Sí, señor! ¡Y ya usted ve! Entre que herede su hijo ó que herede la otra, está por lo primero... ¡Esa noticia ha sido el queso!

MEND. ¡No te comprendo!

ANDRES. Pues creo que hablo en cristiano. Don Cósme me dió el encargo de buscar á una mujer que se llama Pepilla Durán, *alias* la Cigarrera...

MEND. ¿La mujer que adoptó á esa niña?

ANDRES. ¡Cabales! ¡Yo soy un *pachón* para estos asuntos! Con mis *conocencias* dí en un credo con la Pepilla! ¡Como yo sabía el secreto del chico de don Cósme, se lo conté á Daniel. (Con intención.) Por supuesto, sin malicia!

MEND. Eso sí que ya no lo creo.

ANDRES. Mire usted; como yo sé cómo las gasta ese infame, me dije: ahora salta y hace una barbaridad que va á presidio!

MEND. ¿Pero y las consecuencias?

ANDRES. Y para que estoy yo aquí.

MEND. ¿Y después?

ANDRES. Que armaron *bronca* el escribano y Daniel, y como este perdió el sent'o y sacó deseguida el mondadientes, (Haciendo la demostración de abrir una navaja.) don Cósme, ¡trás! le metió de cabeza en la ratonera ¿Usted se cree que las ratoneras son para los ratones? ¡Cá, no señor! Don Cósme no es de ese parecer.

MEND. ¿Cómo?

ANDRES. Tiene allí... una ratonera; pero para su *gato*. En la cueva ha preparado una trampa para c. zar ratones de dos piés. ¡Hacía mucho tiempo que andaba yo oliendo el guiso! Como que estuve de chico encargado de hacer en el escritorio la limpieza. ¡Nada! ¡que dí una mañana con la trampa. La suerte ha sido que el día del *jollín*, me quedé yo en la calle esperando á Daniel, un poquillo escamado.

MEND. ¡Oh! Ese maldito usurero es capaz de todo.

ANDRES. ¡No lo sabe usted bien; pero como él es aficionado á las ratoneras, usted verá en la que cae; no es mala la

que yo le preparo! (En este momento D. Cósme se desliza por el foro y se oculta.)

MEND. Escucha; ¿sabes donde vive esa honrada mujer, Pepilla la Cigarrera?

ANDRES. ¡Pues no! ¡Tendría que ver! Ahora mismo acaba de salir de aquí.

MEND. Entonces, amigo Andrés, vas á llevarme á su casa. ¡Quiero conocerla y prevenirla de todo! Es necesario evitar que la Marquesa se alarme. ¡Vamos! (Mirando á derecha é izquierda.)

ANDRES. ¡Vamos allá! (Se encienden los faroles que se hallarán preparados tras la verja. El primer término del proscenio quedará completamente á oscuras.)

ESCENA XIII.

MARQUESA.

MARQ. (Llamando.) ¡Juan! ¡Juan! ¡Aun no ha vuelto! ¡Todo parece que se conjura para hacerme morir de esta espantosa inquietud que me devora. (Sentándose.) Dios mio!. ¡Siento mi alma turbada por sombras siniestras! Se apoderan de mi mente lúgubres presentimientos. (Pausa.) ¿Qué hora será? (Se oye á lo lejos un reloj como proviniendo de una iglesia que marca ocho campanadas. La Marquesa, al terminar la última, dice.) ¡Las ocho! ¡Y nadie vuelve! ¡Ni Cárlos! ¡Ni esa mujer! Ni Juan. (D. Cósmo se irá aproximando encogiéndose todo lo posible y de una manera siniestra.) ¡Oh, maldito don Cósme!

ESCENA XIV.

MARQUESA y D. COSME.

COSME. ¡Maldita tú! ¡Sí! ¡si! ¡Maldita tú, que has jurado mi perdición! ¡Ah! ¿no me esperabas, eh?

MARQ. ¡Dios mio! (Con terror.) ¡¡Ah!! (Grito ahogado.)

COSME. ¡Muere! (Fingiendo que clava un puñal en el corazón de la

Marquesa.) ¡Muere! ¡Oh! ¡Ya no hablarás!.... Los muertos no hablan. (Mira el semblante de la Marquesa aproximando el suyo todo lo que permite el efecto escénico.) Ahora salgamos. (Se dirije hacia la derecha todo lo posible y al llegar á último termino retrocede.) ¡Cielos! ¡Llega ese maldito lacayo! ¡Estoy perdido! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Si no basta aquí con una víctima, habrá dos!

ESCENA XV.

DICHOS, CÁRLOS, después CRIADOS con luces.

D. Cósme se coloca en actitud de herir por la espalda á la persona que llegue y con el puñal levantado. Cárlos cruza por delante de D. Cósme, y en el momento que va á herirle, reconoce á su hijo.

COSME. ¡Misericordia! ¡Mi hijo! Yo iba á matar á mi hijo!

CARLOS. (Que no ha visto á D. Cósme.) ¿Por donde andará Juan? (Con cierto sobresalto. Avanza hacia donde está la Marquesa, la mira, da un grito de espanto, y dice:) ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Socorro! Aquí! (Entran con luces algunos criados que rodean á la Marquesa.) ¡Ha muerto! (Cayendo de rodillas ante los piés de la Marquesa.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala con balcón al foro y dos puertas á derecha é izquierda del proscenio que conducen al exterior. Á la derecha del balcón una cómoda y sobre ella una imágen alumbrada por una lamparilla. Á la izquierda del balcón otra puerta secreta que se abrirá á su tiempo. En primer término, á la izquierda, una mesa con sillón de baqueta. Es de noche. La escena aparece á media luz. Se oye una música de guitarras que se va acercando y se supone cruza por delante de la casa hasta perderse á lo lejos. Después se oye un silbido prolongado.

ESCENA PRIMERA.

D. CÓSME que entra abriendo con llave la puerta de la izquierda. Coloca la llave sobre la mesa. Después se sienta.

¡No quiero verla! ¡no! ¿Y para qué? ¡No es preciso! ¡Basta de sangre, ah, sí! ¡basta! ¡La imágen de la Marquesa me sigue por todas partes! Pero ese crímen permanecerá en el misterio. ¡Nadie me ha visto! ¡Yo logré huir sin que nadie me viera! ¡Me asusta hasta la idea de oir hablar de ese crímen! ¡Todo se ha realizado! ¡Ángeles, la hija bastarda, morirá por consunción allí! ¡Ah, miserables! Buscad ahora, bus-

cad. ¿Conocíais el secreto de la cueva? ¿El misterio de aquella casa? ¡Pues os desafío á que deis con la tumba de esa Ángeles! ¡No, no tengo valor para abrir la puerta del calabozo! ¡La vista de esa niña me llenaría de espanto! ¡No más sangre! Que muera allí... ¡Que muera abandonada! (Se siente otra vez á lo lejos la música de guitarras que se va acercando. Debe cantarse desde el foso para que resulte con mayor propiedad.)

UNA VOZ. (Cantando.) Los hierros de las prisiones
y los tormentos del alma,
los rompe la fé que es ciega
y los salva la constancia.

(Puede cantarse alguna otra copla alusiva á la situación.)

COSME. ¡Oh, malditas gentes! ¡Todo me alarma, todo me hace estremecer! ¡Bah! Son grupos del pueblo que han venido á las Ventas á celebrar el día. ¡Esos pobres son felices; ellos no sienten esta espantosa sed de oro que me ahoga, esta pasión horrible de la avaricia que me muerde en el corazón! ¡Ya se alejan! ¡Ya se alejan! ¡Valor! (Abriendo un cajón y sacando una escritura.) ¡Aquí está, aquí está el testamento original de la Marquesa, otorgado en favor de su hijo adoptivo... de Cárlos! ¡Oh, él será rico... muy rico! ¡Tendrá oro, sí, mucho oro! Tantos años ¡tantos! de economías, de privaciones, de angustias, de crueldades, para acumular una fortuna y luego tener que abandonarla á la hora de la muerte! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ya el tesoro del escribano don Cósme no se lo repartirán manos extrañas! ¡Mi hijo lo heredera todo, todo, todo! ¡Guardemos esto! (Metiéndose la escritura en el pecho.) Aquí. ¡Ahora salgamos! No debo olvidarme de nada. Hay que examinar las puertas, asegurarse de que se hallan fuertes las cerraduras... ¡Y aun tendré que volver aquí (Con terror.) otras noches! ¡Hasta que haya muerto la hija de la Marquesa!... Después, después... ¡Oh! (Con satisfacción.) Salgamos. (Vase por la izquierda cerrando la puerta con llave.)

ESCENA II.

ANDRÉS y después DANIEL.

Se oye caer al suelo un cristal roto. Después Andrés mete el brazo por el hueco que habrá dejado la ruptura del cristal, y abre el balcón. Entra en la escena, mira á derecha ó izquierda, y luego se asoma al balcón y da un silbido.

ANDRES. ¡Adelante y sin ruído!

DANIEL. (Apareciendo.) ¿Qué has visto?

ANDRES. ¡Nada! ¡Entra pronto y cerremos! ¡Ese zorro puede, sorprendernos, y entonces somos perdidos!

DANIEL. Yo creo que tiene razón el señor Mendoza. Debiéramos haber dejado este asunto á la policía! Nos exponemos á estropear más el negocio.

ANDRES. Los polizontes no sacarían nada en limpio. ¡Para dar caza á un tigre como ese avaro, no basta el valor.. hay que poner lazos!

DANIEL. ¿Y ahora qué hacemos?

ANDRES. En primer lugar, obedecerme; y callandito, ¿eh? Como demos un paso en falso, ya nos ha caído que hacer. ¡Cascabeles!

DANIEL. Sí; tienes razón. ¡Es hombre resuelto á todo... muy rico... temido por la curia! ¡Siendo él un pillastre, y nosotros unos hombres honrados, sería capaz de meternos en *chirona*!

ANDRES. ¡Pues mucha pupila! (Señalándose al ojo.) Espérame aquí. Ya sabes que esta casa tiene dos puertas al campo. Por aquí (Señalando á la derecha.) se sale á la entrada principal. Por ese lado (Señalando á la izquierda.) hay otra salida al jardín, cerca del puente...

DANIEL. Bueno. Aquí espero. Si don Cósme se presenta, ¡descuida! Os lo entrego vivo ó muerto.

ANDRES. No se trata de eso. Con echarle los cinco mandamientos nada conseguiríamos. Eso podría haberlo he-

cho ya el juez... ¡No seas lila, hombre! Aquí lo que importa es dar con el sitio en donde encierra ese miserable á la pobrecita Ángeles.

DANIEL. ¡Temo por la vida de esa infeliz!

ANDRES. ¡Voy por esa escalera á abrir á los amigos! ¡Mucho ojo! ¡Vuelvo! (Vase por la derecha.)

ESCENA III.

DANIEL.

¡No me hace gracia quedarme aquí solo! ¡Me parece que álguien se acerca! (Se dirige á la puerta de la izquierda y mira por el ojo de la llave.) ¡Nada más que tinieblas! ¡Y un soplo húmedo que penetra por este agujero y hiela la sangre! ¡Ahora una claridad lejana que baja del techo! ¡Ya nada! ¡Parece una luz que se apaga! ¡Todo ha quedado en sombras! Vuelve la luz. ¡Ahora la claridad aumenta, crece, se aproxima! ¡Ah! ¡Veo los primeros peldaños de una escalera! Una sombra baja por ella despacio... ¡Se dirige hacia esta puerta! No puedo ver su cara... ¡Lleva la luz en alto! ¡¡Viene!! (Se retira hasta ocultarse tras la cortina de la puerta derecha. Se oye el ruido de la cerradura por la puerta izquierda.) ¡Ya está aquí!

ESCENA IV.

DANIEL y D. CÓSME.

COSME. ¡Reina allí el silencio! ¡Acaso el silencio de la muerte! ¡Ni un gemido, ni un eco, nada! ¡No, no quiero volver á esta casa! ¡Recojamos todo lo que pudiera ser un indicio... que no quede rastro alguno de ese crimen maldito! Aun cuando ese cadáver se descubra allí el día de mañana, ¿quién, quién podrá acusarme? El hálito que cruza esos lóbregos corredores (Daniel se va acercando lentamente á D. Cósme que se hallará de espaldas al primero.) parece que me dice... parece que me dice...

DANIEL. ¡Asesino! ¿Qué has hecho de tu última víctima?

COSME. ¡Ah! ¡Piedad! ¡Tú! ¡Tú! ¡Daniel!

DANIEL. ¡Yo! ¡El mismo! ¡No vengo á pedirte posada! ¡Con franqueza! ¡Las habitaciones que destinas á los amigos, son poco confortables! ¡Hay allí malas luces! ¡Y, sobre todo, allí *está uno fresco*! Demasiado fresco!

COSME. (Colocándose rápidamente al otro lado de la mesa.) ¿Vienes á matarme?

DANIEL. Según y cómo. ¡Si eres razonable y no tratas de huir, te perdonaré la vida! ¡Yo me contento con dejarte en las garras de la gente de tu oficio!

COSME. ¡Óyeme! ¡Reconozco que hice mal en engañarte! ¡Dime cuánto dinero necesitas; estoy pronto á dártelo! ¡Salgamos de aquí! No me separaré de tu lado. ¡Todo cuanto quieras, todo!...

DANIEL. ¡Ten un poco de paciencia! ¡Saldremos; pero en cuanto venga á prenderte el juez que mangonea en el asesinato de la Marquesa de Manzanares!

COSME. ¡En el asesinato! Yo nada tengo que ver en ese crímen... ¿Con qué derecho se me acusa? ¿Quién se atreverá á señalarme como asesino?

DANIEL. ¿Quién? Yo; mi persona. ¡Ah! ¿Tú ignoras que la misma tarde en que se cometió el crimen, pasé yo el tiempo entretenido en seguirte? ¿No sabes, inocente don Cósme, que yo, oculto enfrente de aquel hotel, te ví salir pocos instantes después?

COSME. ¡Eso no basta! Eso no puede infundir sospecha en el ánimo de nadie. Yo, como todo el mundo dirá, iba con frecuencia á casa de la Marquesa! ¡Ella no puede haberme acusado antes de morir!

ESCENA V.

D. CÓSME, DANIEL, ANDRÉS y MENDOZA por la derecha.

ANDRES. ¡La Marquesa no ha muerto, amigo! ¡Vive! ¡Y ha de-

clarado que fué el escribano don Cósme su asesino! ¡Usted que ha emborronado tantas causas, lo debe saber tan de corrido como el *Padre nuestro*! Allí va al teatro un abogado que le gustan los bastidores más que las pelucona de Cárlos III al beato don Cósme, y me ha puesto al corriente de la cosa en un dos por tres. Aquello de caer éste (Poniéndole la mano sobre el hombro á Daniel.) en la grillera, como un vencejo sin destetar de un árbol... ¡*Asesinato frustrado*! ¡La puñalada á la señora, que no iba mal dirigida, pero, en fin, que podrá contarlo, según dicen los médicos, *asesinato frustrado* también *con premeditación y alevosía*! ¡Vaya! ¿Es así lo que reza el Código? ¡Nada; que de esta hecha salgo yo más letrado que el mismísimo *Hospiciano*, que, según me ha dicho aquel caballero, fué el que escribió las *panderetas*!

COSME. ¿Que no ha muerto? ¡Ah! ¡Os comprendo, sí, os comprendo! Es un lazo que me tendeis...

MEND. (Adelantándose.) No. ¡La Marquesa vive! Dios ha desviado el puñal que iba dirigido contra su corazón.

COSME. ¡Pues bien; yo no he atentado á su vida! ¡Es falso! ¡falso! Soy inocente. ¿Y por qué había yo de cometer ese crímen? ¿Qué odios, qué rencores podía abrigar mi alma para impulsarme á cometer semejante acción? Les autorizo, ¡nada me importa! para que me denuncien, para que me acusen como el supuesto autor de ese crímen. ¡Sea! Yo me defenderé; pero, entretanto, salgan ustedes. (Con gran entereza.) ¡Estoy en mi casa; salgan ustedes!

MEND. (Con tono amenazador.) ¡Semejante audacia!

DANIEL. No hay que alterarse. (Á Mendoza.) ¡Todo se andará!

ANDRES. ¡Ea! Menos arrogancia, menos *fantasía*, ¡señor mío! Nosotros semos gentes honradas. ¡Conque, vamos á cuentas! Usted me dió el encargo de enterarme del paradero de una mujer conocida por Pepilla la Cigarrera, lo cual que me costó algunos sudores y no pocos paseos. Fué un negocio que le valió á usted cua-

renta mil reales aflojados por la señora Marquesa! La cosa iba saliendo á pedir de boca; pero vea usted por donde á mi compadre Daniel se le ocurre la idea de largarle la noticia de que el señorito Cárlos era, ní más ni ménos, que el hijo que tuvo usted con la pobre Anselma. Era un secreto que no sé cómo averiguó éste; porque nadie en el mundo conocía esa historia! Es decir, entendámonos: yo era el único que estaba en el secreto. Y entonces, cegado por la avaricia, hace usted desaparecer á la pobre Ángeles, si es que no la ha asesinado como á un perro! ¡Y mire usted de qué manera castiga la Providencia! ¡Si usted, por remate de todo, se compadece de esa inocente muchacha y la entrega como se había comprometido á la Marquesa, hace usted la jugada redonda, y todos contentos; porque la señorita Ángeles, era, para que usted se entere, la novia de Cárlos! ¡Nada! ¡Con permiso! Que yo he andado con usted al quite; y lo único que no he podido evitar ha sido eso de la puñalada... Vaya; que por bien que se estudien las cosas no es posible prevenirlo todo...

COSME. ¡Ah! ¡Mi razón se oscurece! ¡Dejadme! ¡Yo os daré oro... mucho oro... tomad... tomad!... (Abriendo convulsivamente los cajones de la mesa.)

ANDRES. ¡Yo no he querido ser cómplice de usted! ¡Ah, usted no conocía, usted no conoce á Andrés!

MEND. ¡La justicia recogerá ese dinero adquirido á costa de tanta infamia! (Con energía.)

COSME. (Que saca en cada mano una pistola y apunta á los tres actores.) ¡Maldición sobre vosotros! ¿Quereis mi vida? Pues bien; ¡venid por ella! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Un paso, un solo paso y caeis á mis piés! (Andrés, Daniel y Mendoza retroceden un momento. D. Cósme gana el dintel de la puerta que está á su espalda.) ¡Ea, señores, hasta la vista! ¡Guerra á muerte! No lo olvideis... ¡Á muerte!

DANIEL. (Á sus compañeros.) ¡Esa puerta da á una salida que

hay al campo!

ANDRES. ¡Quietos, amigos, quietos! ¡Dejarle, dejarle! (D. Cósme se detiene un momento.) ¡Don Cósme es hombre aficionado á los cepos! ¡Á los zorros se les caza con trampa! ¡Cayó en la ratonera! ¡Cascabeles! Abran ustedes bien los ojos... (Á D. Cósme.) ¡El corredor se ilumina! ¡Por allí llega el señorito Cárlos seguido de los agentes de la ronda! (Sacando un revólver.) ¡Bueno, bueno! ¡Cayó el gato montés en el cepo!

COSME. (Que se revuelve fuera de sí.) ¡Ah! ¡Mi hijo, mi propio hijo viene á prenderme! ¡Estoy perdido! ¡Maldición! ¿Y qué me importa? ¡He vivido ya bastante! ¡Pero, que me oigan bien mis perseguidores! ¡No volvereis jamás á ver á Angeles! ¡Yo me llevo al otro mundo el secreto de su tumba! (Se aparta del marco de la puerta dónde se hallaba sujeto y hace fuego cayendo á la vista del público.)

DANIEL. ¡Ha muerto!

ESCENA VI.

DICHOS, CÁRLOS, un JUEZ y varios agentes de policía, con luces y revólver en mano.

JUEZ. ¿Qué ha sucedido aquí?

MEND. Señor Juez, ese hombre viendo que iba á ser reducido á prisión, se ha dado muerte! (El Juez habla bajo con los agentes.)

ESCENA VII.

DICHOS y PEPILLA.

PEPILLA. (Dentro.) ¡Ángeles! ¡Ángeles!

MEND. ¿Esa voz?

ANDRES. Es la voz de Pepilla. (Desaparece por la izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS, después ANDRÉS y ÁNGELES.

DANIEL. ¿Pero quién ha traido á este sitio á esa desgraciada?

CARLOS. Me dijo Andrés que sería posible rescatar á Ángeles; y no he tenido valor para ocultarle á esa infeliz...

PEPILLA. (Entrando por la derecha.) ¡Dios mío! ¡He oido disparar un arma de fuego! ¡Ah! (Mirando á todos lados.) ¿Qué ocurre? ¿Qué saben ustedes? ¡Daniel! ¡Hable usted! ¡Allí veo un hombre muerto!

DANIEL. ¡Don Cósme!

PEPILLA. ¡Don Cósme! ¡El infame!

DANIEL. ¡El que trató de asesinar á la Marquesa; el que según ha confesado antes de morir, robó á la pobre Ángeles!

CARLOS. ¡Dios mío!

PEPILLA. ¡Oh! ¡pero la justicia, ustedes (Al Juez.) descubrirán donde se halla mi hija!

MEND. ¡El criminal se ha llevado á la tierra el secreto!

PEPILLA. ¡Hija! ¿Dónde está mi hija? (Fuera de si.)

ANDRES. (Saliendo por la puerta del foro.) ¡Aquí! ¡Aquí está la señorita Ángeles! (Pepilla da un grito y corre á los brazos que ha abierto Ángeles.)

ANG. ¡Madre! ¡Cárlos!

ANDRES. ¡Ea! ¡Ya no hay que llorar! ¡Cascabeles! ¡Esto se acabó! ¡No han faltado angustias y sobresaltos, y hasta no he dejado de tener mis dudas. Yo conocía esta gazapera comprada hace muchos años por el escribano don Cósme, y como á los muertos se les debe respeto, no se hable más del asunto!

PEPILLA. ¡Á usted le debo mi hija!

CARLOS. Si; al bueno de Andrés le deberemos nuestra felicidad.

DANIEL. (Ap. á Andrés.) ¡No ha estado mal hilado!

ANDRES. (Conmovido á Daniel.! ¡Hermano Daniel! ¡Yo amaba con todo mi corazón á la pobre Anselma! ¡Nada me debes! ¡Nada me debeis! ¡Estoy satisfecho!

ANG. (Á Cárlos.) ¡Cuánto he pensado en tí! Ahora, para ser dichosos, solo falta que tu madrina...

ANDRES. (Que ha oido las últimas palabras de Ángeles.) ¡Señorita Ángeles! ¡No falta ni eso!... ¡Aquí traigo un brazalete que la señora Marquesa desea que luzca usted el día de la boda!

ANG. ¡Oh! ¡Gracias, Andrés, gracias!

ANDRES. ¡Y muchos días por delante! ¡Y qué dure ese cariño toda la vida! ¡Eso quiero yo y nada más! Yo, el pobre Andrés... (Llorando.) El HIJO DEL RASTRO.

FIN.

NOTA.

El Sr. Casañer, accediendo á mis ruegos, ha desempeñado el papel de Mendoza, ante el propósito de que resultara con autoridad la figura del citado personaje. Cúmpleme, pues, consignar aquí mi agradecimiento por tan señalada deferencia.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración
1	2	Por causa de mi hijo	2	Adolfo Gil Porro	Todo.
»	»	Un Cupido de cien años	2	Augusto E. de Mádan	»
5	7	A casa con mi papá	3	Mariano Pina	»
»	»	El agua de remozar	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El bandido incógnito	3	José Sanchez	»
7	3	El crímen de Faverne	3	Malvar y Chas de Lamotte	»
»	»	El deber de un hombre honrado	3	F. Barbero	Mitad.
»	»	El hijo del Rastro	3	Roque F. Yzaguirre	Todo
»	»	La comedia del mundo	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	La fiebre del día	3	Rafael Torromé	»
»	»	La ley de la fuerza	3	Valentín Gómez	»
»	»	La ley ante la conciencia	3	Antonio del Cosso	»
»	»	La dama de las Camelias	3	Luis Valdés	»
»	»	La inquisición en Venecia	3	José Sanchez	»
5	4	La torre dels Cadells	3	Pablo Montellá	»
»	»	Peraltilla.—c. o. v.	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	Pold.—d. a. p	3	José Sánchez	»
4	2	Religión ó fanatismo.—d. o. p.	3	Justo Rodríguez Alba	»
4	3	Vivir de milagro.—c. a. p.	3	Navarro y Rivero	»
»	»	Wilfrida.—d. o. v.	3	Augusto E. de Mádan	»

ZARZUELAS.

3	6	Á mata caballo	1	Sres. Garcia Valero y Jimenez.	L. y M.
»	»	De Madrid á la Luna	1	Cuenca y M. y T. Grajal	L. y M
»	»	Cantar de plano	1	Casimiro Espino	1/2 M.
2	7	El arte del toreo	1	Monasterio y Parra	L.
»	»	El himno de Riego	1	F. Fresneda	1/2 M.
	»	El club de los feos	1	Rubio y Espino	M.
	»	El grito en el cielo	1	Granés Navarro y Breton	L. y M.
	4	El país de la castaña	1 1	Lastra, Ruesga, Prieto, Rubio y Espino	L. y M.
	»	El premio gordo	1	Rubio y Espino	M.
	1	El Triunvirato	1	Soriano y Such	L. y M.
	1	Juanito Tenorio	1	Salvador M.ª Granés	L.
	»	Juegos Icarios	1	Mariano Pina	L.
	2	La ópera española	1	Eguilaz y Guerrero	L.
	»	La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
	»	La sobrina de mi tía	1	Francisco Sedó	M.
	»	La vida madrileña	1	Pina D. y Offenbach	L. y M
	3	La pequeña vía	1	Merino, y M. y T. F. Grajal.	L. y M.
	4	La puerta del infierno	1	Delgado y Jimenez	L. y M.
	»	Les estrenes	1	Soriano y Such.	L. y M.
	2	Maniá per lo italiá	1	Soriano y Such	L. y M.
	2	Manicomio político	1	Granés, Grajal y Gómez	M y 1/2 L.
	2	Mister Puff	1	Fambuena y Cortina	L, y M,
	2	Monomanía italiana	1	Soriano y Such	L. y M.
	2	Muerto el perro	1	Monasterio y Hernández	L. y M.
	»	Pasados por agua	1	Flores G.ª y Cabas Galván.	L. y M.
	3	Pepete	1	Soriano y Peidró	L. y M,
	»	Se afeita á domicilio	1	Monasterio y Hernandez	L. y M.
	2	Ser y no ser	1	Soriano Ximenez	L. y M.
	»	Se puede?	1	Granés, Arenas y Nieto	L. y M.
	»	Toros en Vallecas	1	Garcia, Parra y Hernandez.	M.
	»	Tres y repique	1	Rubio y Espino	L.
	1	Tula	1	Salvador M.ª Granés	
	»	Vista y sentencia	2	Granés, Sambrónt y Gomez	L. y M. L. y M.
	»	Cadiz	2	Burgos, Chueca y Valverde	L. y M.
	2	En el nombre del padre	2	Navarro, Granés y Rubio	L. y M.
	»	La Comedianta	3	Pina y Rubio	L. y M.
	2	La casa del diablo	3	Soriano y Ximenez	L. y M.
	»	Cleopatra	3	Mádan y Triay	L.
	»	Pablo y Virginia	1	Mádan y Triay	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, Esparrteos, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martin 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, *n.*° 12, y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.